

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO



LA MUJER EN LA NOVELA DE LA REVOLUCION

MARY LOUISE SCALISE REGOLI



FILOSOFIA
Y LETRAS

T E S I S

Para obtener el grado de Maestro
en Artes en Español, especializado
en Lengua y Literatura Españolas



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

MEXICO,

1963



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN63

R4

À la memoria de mi padre

Antonio Scalise

y

cariñosamente a mi madre

Angelina Regoli de Scalise,

00431

BIBLIOTECA CENTRAL DE ESTUDIOS
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

dedico esta obra con el más profundo
sentimiento de amor, agradecimiento
y respeto.

XN63

53

En agradecimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México por el honor de haber asistido a ella, y a mis maestros que han contribuido a ampliar los conocimientos que tan provechosamente he adquirido bajo su enseñanza.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

INDICE

	Págs.
PROLOGO.....	6
INTRODUCCION.....	7
PRIMER CAPITULO	
a. La Escondida de Miguel N. Lira.....	9
b. LA DAMA.....	11
SEGUNDO CAPITULO	
a. La Revancha de Agustín Vera.....	28
b. LA PROVINCIANA.....	30
TERCER CAPITULO	
a. La Tormenta de Jose Vasconcelos.....	53
b. LA AMANTE.....	56
CUARTO CAPITULO	
a. La Negra Angustias de Francisco Rojas Gonzalez.....	77
b. LA CAMPESINA.....	79
QUINTO CAPITULO	
a. Campamento de Gregorio López y Fuentes.....	102
b. Tropa Vieja de Francisco L. Urquizo.....	104
c. LA SOLDADERA.....	106
CONCLUSIONES.....	109
BIBLIOGRAFIA.....	114

PROLOGO

Bajo la sombra de la angustia, tú, mujer mexicana de la Revolución te sobrepusiste a las calamidades. Un rayo tierno emitía la esperanza, que se reflejaba constantemente en tu alma infatigable pero afligida; una caricia delicada pacificaba el llanto desahuciado que sonaba en el yermo solitario; sostenías la cruz con una fuerza innata que ni siquiera una queja se oía en tu insondable abismo; sufrías las penas e injusticias como estocadas a tu existencia.

En tu profundidad inmensa, una llama perpetua iluminaba tu espíritu lleno de amor, terneza, compasión, drama y regocijo.

A tí, mujer mexicana de ahora, sucesora de la mujer de la Revolución, te ofrezco esta obra humilde.

INTRODUCCION

La inquietud política y social que invadió las almas mexicanas a principios del siglo XX, culminó en la Revolución de 1910, de la que aún quedaban ascuas humeantes en 1920.

Durante esos años trágicos hubo momentos de derrotas y victorias, de tragedia y comedia, de amargura y dulzura, de felicidad y tristeza, que penetraron las profundidades más delicadas del ser humano. Las emociones y los trastornos de este período se relacionan directamente con los cambios operados en la vida social de México.

Esas transformaciones fueron la fuente de un nuevo modo de pensar y de actuar. Todas esas escenas violentas influyeron en los personajes que las vivieron como revolucionarios y en otros, que fueron simplemente observadores, cuyo don narrativo logró crear un mundo nuevo y conmovedor: "la realidad," cuyas urdimbres se entregaron a un testigo literario: La Novela de la Revolución.

La Novela de la Revolución abraza numerosos sucesos, descritos y pintados, recopilados ingeniosamente en una serie de cuadros y viñetas brillantes, donde las pinceladas han dejado un tono de la nueva realidad. Las reflexiones de la vida cotidiana se desarrollan en el claroscuro que bosqueja sombríamente la sucesión de las batallas.

Indudablemente, el movimiento de las líneas de batalla, las proezas, las acciones y los personajes reales, llaman primordialmente la atención de los lectores. Hay, sin embargo, otra acción entre bastidores, realizada por otros personajes también dinámicos, que aportaron un toque particular de ternura: la acción de la mujer.

Algunos de los escritores de que voy a tratar describieron en sus novelas esa parte compleja de la historia que cumplió la mujer mexicana. De acuerdo con el ambiente en que vivieron, pudieron presentar diversos tipos: la mujer del campo, la de la soldadesca, la de la hacienda y la de la alta sociedad. Los que más se preocuparon por la situación de la mujer fueron escritores como Agustín Vera, Francisco Rojas González, Miguel N. Lira y otros de que trataré en el desarrollo de esta obra.

Como ellos, tengo la misma preocupación, pero en un sentido más amplio: dar una visión más comprensiva de la mujer mexicana de ese período. Me situé en la época, asimilé los cuadros vivientes como una sombra observadora. El afán de entender cada ángulo de la situación de la mujer, me atraía como un imán. ¿Qué hubiera yo hecho en las mismas circunstancias?

No presumo de que hubiera podido reaccionar en la misma forma; en cambio algo puedo entender de los móviles de su conducta. Aun siendo extranjera, tenemos en común el espíritu que nos hace reaccionar según los sentimientos ingénitos. Con este interés, procuraré sondear hasta el fondo del alma de estas mujeres, investigar los últimos términos y los porqués, sin descuidar los hechos determinantes, las fuerzas inevitables que las llevaron por distintos derroteros.

CAPITULO I
LA ESCONDIDA

Laureado por esta obra ínclita en 1947, y postulado por ella para el premio Lanz Duret, Miguel N. Lira se había iniciado como tipógrafo. Esta profesión le brindó la oportunidad de imprimir sus primeros escritos en verso, en los que logró captar el ritmo indígena de su propio himno interior, y lo empujó al logro de su fama literaria.

Apenas tenía cinco años cuando estalló el conflicto de 1910, que lo rodeó de acontecimientos trágicos y emocionantes en su ciudad natal, Tlaxcala. Pasó el albor de la vida preparándose en los estudios normales en Puebla, y después cursó la carrera de leyes en la ciudad de México. Se formó solo, siguiendo su propio camino en el campo de las letras y profundizó tanto en los maestros antiguos como en los contemporáneos, y su literatura da testimonio de esa formación.

Su perspicacia le habilitó para esbozar en esta novela célebre descripciones dinámicas y patéticas, que corresponden a la época de Madero y Huerta, con un estilo ingenuo, verídico y acalorado.

Datos Biográficos y Bibliográficos

Nació en la ciudad de Tlaxcala el 14 de octubre de 1905; hizo sus primeros estudios en Puebla; en 1919 se alistó en la Escuela Nacional Preparatoria en México; se recibió de abogado en 1928; ocupó en treinta años puestos importantes; Actuario, Oficial Mayor, Secretario del Tribunal del Primer Circuito, Secretario de Estudio y Cuenta de la Suprema Corte de Justicia y Juez de Distrito; Perteneció a la generación estudiantil en 1920-1929; su sabiduría lo llevó a los Talleres Editoriales de la Universidad Nacional de México en 1935 y a los de la Secretaría de Educación Pública en 1941; escribió poesías, dramas y novelas; murió en 1962.

Obras Principales

- Poesía Tú, Tlaxcala, 1925. - La guayaba, Tlaxcala, 1927. - Corrido de Domingo Arenas, 1932, 1935. - Segunda soledad, 1933. - México-pregón, 1933. - Coloquio de Linda y Domingo Arenas, 1934. - Tlaxcala, ida y vuelta, 1935. Retablo del niño recién nacido, Tlaxcala, 1936. - Música para baile, 1936. - Corrido-son, 1937. - En el aire del olvido, 1937. - Carta de amor, 1938. - Si con los ojos, 1938. - Corrido del marinerito, 1941. - Romance de la noche maya, 1944.
- Novela: Donde crecen los tepozanes, 1947. - La escondida, 1948.
- Teatro: Vuelta a la tierra, 1940. - Linda, est., 1941. - El camino y el árbol, est., 1942. - La muñeca Pastillita, est., 1942. - Carlota de México, 1944. - El diablo volvió al infierno. Farsa, est., 1944; 1946.
- Biografía: Andrés Quintana Roo, 1936.

La Dama

"Y la (gente) que ya la nombraba "La Escondida", asociando su involuntario encierro, su misterioso retraimiento, con los de la selva inviolada La Escondida, tan obsesionante como ella y como ella hechizadora y sensitiva."

Por treinta años el país de México había sido gobernado por la mano férrea de Porfirio Díaz. Antes de estallar la Revolución, brotaban aquí y allá manifestaciones de rebeldía debido a la situación opresiva que vivía el pueblo. Para suprimir esos estallidos, el presidente nombró al general Leonardo Garza como gobernador interino del Estado; muy amigo del primer jefe y el más indicado para mandar el Estado de Tlaxcala y apagar los incendios insurrectos.

Toda la gente fue a la estación de Santa Ana en Puebla para recibir al nuevo gobernador. Habían decorado las calles principales con listones colorados y banderolas; vestidos de ropa dominguera, cerraron las escuelas, fábricas y comercios para recibirlo de manera grandiosa. Al llegar el tren, la multitud prorrumpió en aclamaciones, arrojando confetti y serpentinas a los coches, mientras tocaban las trompetas marciales. Apoyados en la barandilla trasera, el general Garza y su esposa saludaban la bienvenida de la muchedumbre. El era un tipo de edad avanzada, pequeño y nervioso, endurecido por los combates, severo, autoritario y orgulloso. Su dolorosa historia de hombre valiente, no había apagado el reflejo vivaz de sus ojos; en su pecho, quince condecoraciones probaban sus hazañas de guerra. Junto con él estaba su esposa, desproporcionadamente menor de edad que su marido. No tenía más de veinte años, hermosa, altiva y vestida lujosamente.

Ella se llamaba Gabriela Adalid y Elorza, pertenecía a los Adalid y Elorza de Silao. Antes de casarse, vivía una vida monótona en la Capital asistiendo al Colegio del Sagrado Corazón, de allí pasaba a su casa para estudiar el piano y tejer "frivolite." Tenía diecinueve años cuando se casó con el general. Lo conoció en un baile de Palacio y al corresponder a su seriedad, surgió un idilio breve que culminó en una boda elegantísima y un viaje de luna de miel a Europa.

Como venía de un ambiente restringido, su papel de esposa acomodada le vino como anillo al dedo, y empezó a gozar de todo lo que antes le había sido vedado. Su esposo, engreído por la hermosura y juventud de Gabriela, y consciente de la gran diferencia de edades, la dejaba hacer cuanto quería, ya que no tenía motivos para dudar de su fidelidad. Llevaban así, una vida llena de respeto pero no de amor.

Su llegada a Tlaxcala dio pie a fiestas que culminaron con los discursos de rigor. Una vez terminados, el jefe político enteraba al general Garza de la situación real, del levantamiento de los empleados de la fábrica la Sultana contra el gobierno constitucional, cuyo jefe había muerto en la refriega. Habían tomado como prisionero a un hermano de éste que, aunque nada había tenido que ver con el asalto, algo podría decirles acerca de ello. El circunstante inocente se llamaba Agustín Rojano.

La ciudad había vuelto a su vida normal y el general Garza, sin perder tiempo, se dirigió a la oficina del jefe político para poner en acción su plan preconcebido y hacer hablar al preso.

Unos días antes de esto, la esposa de Rojano fue acompañada por su hijo Felipe para **rogar** por la vida de su **esposo** al general.

Entre sollozos e imploraciones inútiles, volvió sus ojos desesperados hacia la esposa del general. Gabriela la vio con compasión y mostró una actitud prometedora, pero su intención fue interrumpida por la voz enérgica del general. En ese instante los ojos de Gabriela se fijaron en los del joven, y hubo entre ellos una mirada significativa.

x x x x x

Desde el amanecer el cautivo, custodiado por ocho guardias, iniciaba el vía crucis de su viaje hacia "La Escondida," la selva anidada en las sombras de las montañas, levantándose suntuosamente, rodeada por una atmósfera mágica. Los rayos del sol reflejaban matices brillantes, y sugerían pinceladas rencorescas. La vegetación era densa e impenetrable como el alma encantadora de la selva misma. La vida selvática inundaba el ambiente de una tonalidad sinfónica y se expresaba en una imagen fascinadora. En medio de este lienzo silvestre terminó el viaje de Rojano que vió a los guardias empezando a cavar un agujero. El método persuasivo que aguardaba al prisionero había sido probado por el general como el más efectivo. Al llegar el general, ordenó que hicieran el hoyo más hondo mientras interrogaba a Rojano sin éxito. Impacientado, mandó que lo enterraran vivo.

El reo se resistió con toda su fuerza, inútilmente, hasta sentir que, poco a poco, iba siendo cubierto por la tierra húmeda, que le quitaba la luz, el aire y finalmente el contacto con el mundo. Al pasar una hora, le sacaron de la tumba desmayado, pero vivo. El general estaba muy molesto por el fracaso de su método infalible. Lo llevaron en angarillas a la ciudad y lo internaron en el hospital.

Al oír de este acto inhumano, el hijo, Felipe Rojano llamó a unos dieciocho hombres de confianza que se reunieron en un jacal en

Arroyo Seco, pueblo no muy alejado de la ciudad de Puebla. Allí manifestó su odio por los federales y lo que hicieron a su padre. Destinó a cada uno de los hombres la tarea de recorrer un territorio determinado para difundir entre los campesinos el conocimiento de los hechos, y atizar más el descontento contra los federales. El se iba a Puebla para enterarse de los nuevos sucesos.

Había salido de la ciudad, dos días antes, toda la plana mayor del gobierno, para gozar de un paseo campestre. De la ciudad, a galope, llegó el mayor Cruz Romero, para hablar confidencialmente con el general, que mientras más escuchaba el relato del correo, más irritado se ponía. No era cosa de importancia, pero algunos rebeldes se habían levantado contra los soldados federales en la ciudad y eso podría traer consecuencias graves. El general ordenó que todos regresaran a la ciudad. En el camino le dijo al Mayor que colgara a Agustín Rojano tan pronto como llegaran a la ciudad para dar a todos una lección ejemplar.

Mientras tanto Felipe se encontraba en Puebla en casa de los Serdán, poniéndoles al tanto de la conducta del general hacia los rebeldes, y al despedirse les habló del Plan de San Luis, redactado por Francisco I. Madero, quien declaraba las elecciones nulas y ley suprema la "No reelección." "El día 20 de noviembre de 1910, desde las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del Poder a las autoridades que actualmente gobiernan..."

Reunido otra vez con sus hombres en el jacal de Arroyo Seco, les relataba los acontecimientos de la ciudad, cuando uno de ellos, inocentemente habló de la venganza que se tendría que tomar por la

muerte del padre de Felipe, que éste ignoraba aún. Como Felipe no diera muestras de creerle, el otro afirmó que hacía dos horas que habían colgado a Rojano en un árbol de la ciudad. De pronto un sentimiento de rencor se dibujó en su rostro, pero no queriéndose mostrar débil ante sus hombres, empezó a leerles el Plan de San Luis. Lo leía lentamente para que todos pudieran entenderlo bien. Al terminarlo, todos lo comentaron ansiosamente, y se pusieron de acuerdo para que, cuando se les diera la señal con el teponaxtle, llegaran todos provistos de armas y caballos.

Bien informados de los movimientos del general, esperaban ansiosamente el día señalado. Y el 20 de noviembre a la hora designada estalló la Revolución en Chihuahua.

"¡Que viva Felipe Rojano y muera el general Garza!"

"¡Que viva Francisco Madero y muera Porfirio Díaz!"

Poco a poco iban ganando terreno los rebeldes maderistas que ferozmente expresaban el vehemente impulso popular de justicia. En cosa de seis meses habían triunfado los Maderistas. El 21 de mayo de 1911 renunció Porfirio Díaz y se embarcó en Veracruz para Europa. El 26 del mismo mes y año Francisco L. de la Barra fue nombrado Presidente Interino de la República hasta el 6 de noviembre, fecha en que Francisco I. Madero tomó posesión como presidente para el período 1911-1916; como vicepresidente fue nombrado Pino Suárez el 23 del mismo mes y año.

El placer de aniquilar al general Garza no fue para Rojano sino para su amigo Máximo Tépal, a quien tocó dar al general el combate definitivo.

Los rebeldes aceptaron las condiciones de rendición que consis-

tían en respetar la vida de los militares y civiles. Entraron las tropas victoriosas en la ciudad de Tlaxcala, y prácticamente en orden. Llegó finalmente Felipe Rojano con sus hombres. El cabecilla dio órdenes, y una de ellas incluía la prohibición a todos los militares de entrar a la casa del general Garza. No obstante, un soldado de Máximo Tépal, entró a la fuerza golpeando el aldabón. La doña Reme, ama de llaves, aterrorizada, le dejó saquear los cuartos. El hombre le preguntó si había dinero y ella le contestó que estaba guardado en la oficina, ahora en poder de Rojano. Entró en la cocina, donde estaba Gabriela disfrazada, con blusa y falda de percal y casi oculta por un rebozo, inclinada sobre el metate. Al preguntar a la anciana quien era la joven, ésta le contestó que era la criada. El hombre tiró del rebozo y encontró con gran sorpresa una hermosa mujer. Contento por su hallazgo, decidió llevarla en lugar del anhelado botín que buscaba, aunque doña Reme, diciendole que la muchacha era muda y que la dejara en paz, trató de impedirlo, sin conseguir otra cosa que un fuerte empujón. El hombre salió a la calle llamando la atención de los soldados con gritos estentóreos, pero no habían pasado diez minutos cuando llegó el cabecilla que, indignado por la conducta de sus hombres, ordenó inmediatamente el fusilamiento del atrevido.

Gabriela le miró con sus ojos claros y, Rojano descubrió por segunda vez su mirada dulce. Acompañó a las dos mujeres hasta la casa sin recibir una palabra de agradecimiento de la bella mujer. Entró seguida por el ama de llaves y Felipe se quedó en la calle contemplándola hasta que desapareció en un cuarto y la anciana cerró la puerta. El disparo que terminó con la vida del soldado Epifanio

Contla, hizo volver a Felipe a la realidad.

Felipe Rojano fue nombrado nuevo gobernador del Estado. Trató de hacer la vida de Gabriela lo más cómoda posible, pero ella recibía sus atenciones con indiferencia.

Una tarde recibió de ella la acusación terrible de haber asesinado a su esposo. Felipe negó inmediatamente la acusación, pero ella se aferró a su idea, pese a los juramentos encendidos de Felipe. Si no había causado la muerte de su marido por su mano decía Gabriela, había sido entonces por la mano de sus hombres.

La conversación culminó con un portazo sobre el rostro de Felipe que, además, mostró sus intenciones amorosas. Furioso y enloquecido de impaciencia, Felipe buscó a Gabriela hasta en el último rincón. Finalmente, la encontró escondida dentro del cajón que servía como empaque para el piano.

"¡Orita mesmo la voy a llevar en cá'de mi madre. Pero no pa abusar, sino pa que vea que de veras le tengo voluntá!"

Por la fuerza la hizo subir en el caballo. El montó en ancas y emprendió el galope rumbo a su pueblo, Arroyo Seco. Fue la última vez que Gabriela vio y sintió el ambiente de la ciudad.

x x x x x

Felipe no perdió tiempo en los días siguientes. Atendía el cargo desde su pueblo y mudó la casa del general Garza a ese sitio. Ordenó a más de la mitad de los suyos que volvieran a sus pueblos para empezar de nuevo a trabajar la tierra como él.

Había hospedado a Gabriela acompañada por su madre en un ala de la casa, custodiada día y noche. El pasaba a verla todas las tardes tratando de vencer su voluntad "por las buenas." La gente del pueblo

empezó murmurar acerca del asunto, creando un ambiente misterioso e intrigante alrededor de la mujer, que asociada con la selva mágica, recibió el mismo nombre; "La Escondida."

El buscaba por todos los medios atraer su interés. Hacía que los niños le entregaran ramos de flores, le obsequiaba hilos de seda para bordar y telas para hacerse cuantos vestidos quisiera.

Viviendo con la madre de Felipe, Gabriela no podía evitar las atenciones de una y otro y, terminó por sentir estimación hacia la madre y algo más profundo hacia Felipe.

Estudiando su situación subjetivamente, era absurda la idea de verse como esposa o amante de él. Pero no podía negar que una oculta corriente nacía en lo más íntimo de su ser y la iba arrastrando inevitablemente. No oponía más resistencia que la ya endeble de su dignidad y decoro. Sólo Dios sabía hasta cuando podría resistir las acechanzas amorosas de Felipe sin caer definitivamente en sus redes, para siempre e irremisiblemente.

x x x x x x

Su nueva posición había hecho cambiar a Felipe, no sólo en el modo de pensar sino también en el carácter. Había conseguido el temor y el respeto de la gente y aun el gobierno provisional del Estado se obligaba a aceptar la cooperación de los rebeldes maderistas para consolidar la paz recientemente conquistada. Viéndose rodeado de fortuna, se olvidó del pasado y empezó a mostrar un cambio de personalidad, molesto para algunos amigos con quienes había iniciado la Revolución, en particular para Máximo Tépal, que no consideraba justa la actitud de Felipe. Este conservaba en sus manos la mayor parte del dinero y, por consiguiente, Máximo llegó un día a su oficina para

discutir este asunto. Al pedirle su parte del dinero, el cabecilla le contestó que lo tenía enterrado porque no sabía lo que pudiera suceder hoy o mañana. Furioso, Máximo lo acusó de gastarlo con "La Escondida". Sus palabras hicieron brotar la ira de Felipe, que con insultos despidió a Máximo y éste, a su turno, lo amenazó con presentarse pronto a arreglar cuentas. El altercado llamó la atención de su madre y Gabriela quienes se acercaron para enterarse del asunto. Tan enfurecido estaba Felipe, que mencionó el nombre de Máximo como el asesino del general Garza. De repente, como herida por un relámpago, ella quedó inmóvil, su rostro se tornó macilento y todo a su alrededor empezó a dar vueltas. Dio un grito jadeante y se deslizó hacia el suelo. Luego vino la oscuridad.

Durante tres días permaneció en cama con fiebre y sobresaltos, sin abrir los ojos. Felipe la velaba día y noche sin moverse. En un extremo estado de angustia, rogaba a Dios que Gabriela no muriese, llorando como un niño perdido. Sufría él conscientemente lo que ella sufría inconsciente. Se daba cuenta ahora de que estaba perdidamente enamorado de ella. Al pasar los tres días, Gabriela entreabrió los ojos. Todos los objetos se aclararon y, finalmente, fijó su mirada en la figura apesadumbrada, pálida y sumisa que permanecía a su lado. Una ternura inmensa invadió su ser. Sintió que terminaría por cumplirse un destino al que ella temía.

x x x x x x

En vez de luchar razonablemente, seguía los dictados de su corazón. Pasaba los días de su convalecencia junto a él y recorriendo los pueblos cercanos, a los que había llegado ya la leyenda de "La Escondida." La gente se asomaba por las ventanas o las puertas o

se detenía en las calles para ver a la bellísima mujer del caudillo.

Un día, Felipe propuso a Gabriela que fueran a la selva. Después de todo lo que había oído sobre este bosque encantador, ella tenía una enorme curiosidad por conocerlo. En el umbral de la selva, suspendió un rato la respiración ante la escena fascinadora que el bosque incipiente ofrecía. Y en verdad, las dos "Escondidas" eran semejantes. Las dos atrayentes, misteriosas, sugestivas. Las dos serenamente bellas y sensuales. Parecía que Gabriela se connaturalizaba con la selva y sus espíritus armonizaban con una fuerza tan cautivadora que, espontánea y sencillamente, exclamó.

"¡Qué bonito sería el vivir aquí!"

Felipe la miró sin comentar nada, luego le contestó.

"¡Mí'usté que sería bonito tener una
"Escondida" dentro de otra "Escondida!"

En el regreso a Arroyo Seco, Felipe fue madurando la idea de que a ella le gustaría vivir allí y entre más pensaba en ello más le obsesionaba.

x x x x x

Las elecciones para gobernador constitucional ya se habían efectuado y, como Felipe no quisiera figurar como candidato, propuso a su compadre Antonio Corona. Con este hombre en el poder era fácil obtener la confirmación de sus privilegios y la concesión de explotar en todos los órdenes y por el término de noventa y nueve años la selva denominada la Escondida, perteneciente al Estado. Por medio de una carta abundante en términos cordiales, escrita por Francisco I. Madero, ya entonces presidente de la República, dirigida personalmente a Felipe, se le ratificó más tarde el derecho a la explotación de una extensa zona. Felipe puso manos a la obra, para reali-

zar cuanto antes el sueño de Gabriela.

Una vez podados los árboles y cortados sus troncos cedían al avance del proyecto. Una cantidad asombrosa de trabajadores llegó a la región para terminar la casa lo más pronto posible.

Trabajaban de sol a sol, pero al llegar los sábados, Arroyo Seco se convertía en una madriguera atroz: uno de estos sábados en la noche, llegó Máximo Tépal con una mujer a la cantina, borracho y embriecido. Bebía e invitaba a beber a todos. Gritaba que no era rico como Felipe Rojano, pero que gastaría con ellos lo que tenía. Decía mil infamias acerca de Felipe y entre más hablaba más parecía aumentar su odio. Envalentonado con las copas, decidió presentarse ante Felipe y decirle cara a cara que era un ladrón.

Al llegar a la casa de éste, gritó que quería hablar con él si todavía era lo suficientemente hombre para salir. Sin escuchar los consejos de sus hombres, Felipe salió a la calle, se detuvo a veinte pasos de Máximo, y al preguntarle qué quería, éste le contestó.

"¡Decirt'en tu mera cara qu'eres un ladrón!"

Máximo disparó primero. Felipe se dobló apoyando el antebrazo izquierdo sobre su estómago y cayó a tierra. Máximo retrocedió con calma, como si se sintiera dueño de su voluntad y su valor arrogante.

El doctor Herrerías salvó a Felipe del peligro. Día y noche lo velaba Gabriela administrándole medicinas y confortándolo en sus dolores. Y así como Felipe había descubierto el gran amor que sentía hacia ella cuando éste enfermó, Gabriela, al verlo a un paso de la muerte, descubría lo mismo.

Una tarde, dijo al doctor que se sentía dispuesta a casarse con Felipe. El doctor no comprendía cómo podía ella decir algo semejante;

había sido creada en un mundo tan opuesto al de Felipe que parecía imposible para los dos llevar una vida tranquila, especialmente en la terrible época en que vivían. Objetivamente, el doctor tenía razón, pero, como se sabe ésta cuenta poco en cuestiones amorosas. Ella llevaba un año en condición de prisionera junto a él. Al principio lo odiaba, pero al pasar el tiempo, terminó por sentir cierta felicidad en su encierro. Por primera vez, en alta voz, y como en una confesión, se le oyó hablar de su amor por Felipe. Todo lo que era ella, lo que significaba como mujer, su vanidad, su ternura, su orgullo, su generosidad, su abnegación y su femineidad, habían echado raíces allí, para quedarse.

Llegó por fin el tan temido día en que Felipe no pudiendo contenerse más se desbordó en palabras y le pidió apasionadamente que lo aceptara como esposo. Sin embargo, ella tenía un motivo de peso para no acceder: Máximo Tépal. En su ánimo crecía el deseo de una venganza penosa y oculta contra Máximo, desde que lo supo autor de la muerte de su esposo. Vengar y odiar eran cosas que iban contra sus principios morales, pero no podía hacerse a la idea de sólo castigar al criminal: debía aniquilarlo.

"Porque es la sombra mala en mi vida.
¡A él, y sólo a él, debo todos mis
pesares: los de ayer y los de hoy!"

Felipe no se resolvía a ajustar cuentas con Máximo. Habían sido íntimos amigos y desde la niñez habían saboreado la vida juntos. Era tan grande el amor que hacia ella sentía, que aparentó olvidar todo y terminar con él.

x x x x x

Con el cese de las lluvias vino el restablecimiento de Felipe

y la realización del sueño de Gabriela: La Escondida. No tenía el lujo al que ella estaba acostumbrada, pero no era importante ahora; lo que valía era la forma en que tenía lugar el hecho y no el hecho en sí. Era su casa y, con ella, su vida en común. Era ella misma, su cuerpo y su condición voluntaria de ser La Escondida, proyectada sobre la agresividad telúrica y vegetal de la otra Escondida, rústica y lasciva, fresca y turbulenta.

Al principio llevaron allí una vida deleitosa y pacífica, y gozaron juntos de la casa y la selva. Ella pasaba los días aleccionándolo sobre lo conveniente y lo inconveniente; enmendaba su lenguaje, le impartía nociones de Historia, de Aritmética y Geografía. Felipe empezaba a sentirse otro hombre, más dueño de sí mismo y ella, se transformaba también sin notarlo. Día con día crearon entre los dos una atmósfera más cordial y más franca.

Esa relación ideal, provocó el clímax amoroso entre ellos. Gabriela se dio plena cuenta de lo profundamente que estaba enamorada de Felipe. Aunque trataba de dominarse, sabía que en algún momento, se entregaría a él totalmente. Y así, una noche, cuando las sombras empezaron a invadir las luces de la tarde, los deseos reprimidos por mucho tiempo se desataron ardentemente bajo la selva cautivadora.

x x x x x

Vencida la resistencia a la revolución maderista y vencido el amor de Gabriela, Felipe Rojano sentía una felicidad completa. En tanto, dentro de la ciudad de México los rebeldes se levantaban otra vez contra el gobierno maderista, porque éste no llevaba a cabo lo que les había prometido antes. Empezó entonces lo que se llamó "La Decena Trágica": un frenético estallido civil dentro de la pro-

pia Capital. El presidente Madero trató valientemente de sofocar el conflicto, pero necesitaba ayuda y dio el mando de las tropas del gobierno al general Victorano Huerta, que ya había mostrado su capacidad en otras batallas. En cosa de una semana, Huerta traicionó al líder revolucionario y lo hizo prisionero junto a Pino Suárez. Ambos fueron asesinados el 22 de febrero de 1913.

Estos nuevos acontecimientos trajeron múltiples contratiempos y afectaron la tranquilidad del país y, con ella, la de Gabriela y Felipe. El tenía que luchar de nuevo. No teniendo otro remedio abandonó La Escondida.

La nueva situación perturbadora hizo acudir a toda clase de hombres para sofocar las fuerzas del traidor. El 26 de marzo de 1913, Venustiano Carranza, antiguo gobernador del Estado de Coahuila, lanzó el plan de Guadalupe, que desconocía a Huerta, y llamó al país a las armas, asumiendo el cargo de primer jefe del Ejército Constitucionalista. Los antiguos insurrectos maderistas tomaron el partido de Carranza.

Las fuerzas de Felipe se habían reunido y estaban listas para tomar la ciudad de Tlaxcala, bajo el poder huertista. Dejó salir de la cárcel a Máximo y juntos por ahora, dejaron sus diferencias. El choque fue brutal, pelearon cuerpo a cuerpo, y poco a poco se adelantaron aniquilando las fuerzas del partido opuesto y los rebeldes volvieron a tomar la ciudad. Por el momento, las cosas tomaron un aspecto de paz en esta comarca y Felipe aprovechó los días en La Escondida.

La felicidad no tuvo límites para Felipe y Gabriela. Corrieron por la selva gozando de todo como si vivieran los últimos días

de su vida. Antes de que Felipe regresara a la ciudad, un velo de infinita desolación nubló los ojos de Gabriela y algo como un aflojamiento de sangre y nervios la hacía sentirse imaterial, vacía por dentro, transparente. Rogó a Felipe que se cuidara más que nunca. El le aseguró que cuando terminara esta aventura, no iba a lanzarse en otra. Ella, casi desesperada, con la idea de que lo perdería, no pudo refrenarse más y, con los labios temblorosos, lo besó en la frente y le confesó que iba a tener un hijo. Felipe se sintió el más feliz de la tierra. De sólo pensar que esta nueva vida sería el resultado de su inmenso amor, sintió que su propia existencia tenía por fin algún significado. Un hijo, una prolongación de su ser. Por sus venas correría la sangre fundida de un amor eterno.

x x x x x

En la mañana salió para la ciudad. Pensaba que todo había cambiado de un momento a otro. Veía todo con ojos nuevos, y hasta descubría en el conocido paraje detalles en los que nunca había reparado.

En este estado jubiloso entró en la ciudad, pero una vez allí, de repente, notó un ambiente extraño, un desasosiego misterioso que anunciaba algún acontecimiento grave. Al primero que encontró, le preguntó que había sucedido y porqué estaban desiertas las calles. El hombre le contó que Máximo estaba ebrio hacía tres días y que había matado a tres campesinos y a uno de sus asistentes. No había duda: finalmente llegaba el momento de pedir cuentas a Máximo.

Con pleno dominio de sí mismo, se dirigió a la cantina. Dio un golpe que abrió las puertas y, parado frente al mostrador, vio a Máximo con una botella de tequila en una mano y un vaso en la otra. Cambiaron algunas frases cortas y violentas. Máximo abrió la vieja

herida y acusó a Felipe de ser un ladrón. Felipe no podía aguantar más este insulto. Se le saltaron los músculos de la cara y temblando, presurosamente, levantó la mano para darle un golpe de revés con el puño, pero Máximo con esa temible agilidad para sacar la pistola, se la descargó a Rojano en el pecho. Felipe trató de decirle algo pero cayó al suelo. Máximo salió a la calle gritando:

"¡Viva el general Máximo Tépal!"

x x x x x

Una inmovilidad acongojada invadía a Gabriela como un velo oscuro. Desde el alba al anochecer se le vio sentada cerca de la tumba de Felipe. Las secas lágrimas marcaron su rostro. Pensativa y grave trataba de convencerse de que nunca jamás volvería a ver a su amado; ni siquiera conocería al hijo que unas horas antes le había causado enorme felicidad.

Al atardecer salió del panteón y, silenciosamente, con pasos pesados, con el cuerpo aflojado, se acercó al tío Chente. Con voz severa, le dijo que al día siguiente irían a la ciudad muy temprano.

Una vez en la ciudad, el tío Chente alquiló una casa a un lado de la plaza de toros por cuya calle pasaban constantemente los soldados con rumbo al cuartel. Por fin, Gabriela confió sus planes al tío, pero aquél no quería que ella tomara la situación en sus manos. Ella lo interrumpió diciéndole.

"¡Y, sin embargo, así tiene que ser!"

Pasaba los días sentada junto a la ventana esperando a que pasara el asesino o el tío Chente le trajera noticias. Su faz había cambiado a tal grado que sus facciones, antes delicadas, eran rígidas y ásperas. Sus ojos no reflejaban dulzura ni alegría, sino algo si-

niestro y execrable. Estaba completamente vestida de negro, un cuadro vivo, asomada a la ventana, marcando las horas y esperando el tiempo oportuno de llevar a cabo un plan calculado por mucho tiempo.

La ansiedad del tío aumentaba, pero ella, inmutable, no se movía. Tres noches después se presentó la oportunidad esperada. Tío Chente vio a Máximo salir del cuartel con rumbo a la cantina, y no perdió un momento en llevar la noticia a Gabriela. Ella se preparó para cumplir su venganza. Tenía ahora dos cuentas que saldar. El tío le suplicó otra vez que lo dejara hacerlo; no se resignaba a dejar en manos de una mujer esta tarea desagradable. Sin embargo, Gabriela confiaba en que, con el primer tiro, lo aniquilaría, porque allá en la selva, junto a Felipe, había aprendido a usar las armas con perfección.

Disparó al verlo cruzar la calle. La bala se hundió en el cuello de Máximo y el hombre cayó. La gente estaba acostumbrada a este tipo de escándalos y nadie se asomó para investigar la situación. Gabriela y el tío pudieron huir de la ciudad sin ser vistos.

Desde ese día, Gabriela no volvió a salir de su recámara. Se encerró en sí misma tanto como en el ambiente oscuro, buscando la paz que necesitaba para esperar la nueva vida que latía en su ser. Meses después cuando tuvo en sus brazos aquél fruto de su amor muerto, dejó entrar la luz en su casa y en su vida.

CAPITULO II

LA REVANCHA

Insigne ya por sus notables obras para la escena teatral, Agustín Vera también extiende su habilidad en otros géneros como poeta y cuentista, y destaca por sus predilectas tradiciones potosinas. Descuella en su magnífica obra "La Revancha," que se desenvuelve en el estado de San Luis Potosí, su ciudad preferida, y no en Guanajuato, su ciudad natal.

Estaba en el umbral de los veinte años cuando empezó la Revolución y aun cuando no desarrolló un papel activo dentro de ella, supo dar testimonio años después de sus escenas perturbadoras.

Tanto nuestro autor actual, como algunos otros escogieron un personaje real para novelarlo. La realidad violenta está oída, sentida y vista a través de la acción que fluye por esas páginas ardientes, con un estilo lineal, preciso y brioso.

Datos Biográficos y Bibliográficos

Nació el 22 de octubre de 1889 en la ciudad de Acámbaro, Estado de Guanajuato. Hizo sus primeros estudios en Puebla. A los once años se trasladó a San Luis Potosí con su familia. Se recibió de abogado en el Instituto Católico y Literario en 1914: Fue compañero de Ramon López Velarde en el instituto y formó parte de la juventud literaria potosina; escribió versos y artículos y colaboró en periódicos y revistas literarias; ocupó el cargo de juez y llegó a ser magistrado del tribunal Supremo de Justicia del Estado. Fue profesor de Derecho Internacional Privado y de Literatura Preceptiva en la Universidad de San Luis Potosí. Murió en San Luis Potosí el 13

de mayo de 1946.

Obras Principales

- Teatro: La vida rota. El humo de la gloria. La culpa de todos.
Toda una vida y La mujer caída (todas comedias en tres
actos). Como en los cuentos (comedia en dos actos).
La cena de Margo (cuento en un acto) y Huelga (drama
de la vida obrera en un acto).
- Folklore: Leyendas potosinas (un volumen, 1941).
- Novelas: En la profunda sombra, San Luis Potosí. La Revancha,
San Luis Potosí, 1930.
- Novelas
Cortas: Extraña aventura. El retrato de Chopín. Ultimo amor y
la novia de cera.

La Provinciana

"¡Por las santas cenizas de mi madre, por el inmenso amor que siempre te tuve, juro ante Dios y ante tu cadáver que me está oyendo que he de vengar tu muerte!"

La atmósfera indolente invadía el terreno árido cercano a La Providencia, una hacienda localizada a dos horas al norte de San Luis Potosí. Se veía acá y allá la escasez de la vegetación en el paraje olvidado por las lluvias. Sólo la abundancia del ixtle y el maguey alimentaban una pequeña fábrica de mezcal, que era la única fuente de trabajo de aquella región.

De vez en cuando soplaban un suave viento que turbaba la superficie arenisca, y luego, volviéndose en un crescendo fortísimo su ráfaga ocultaba a los grupos de jinetes sublevados que asaltaban haciendas y casas campesinas. El ambiente pacífico y el ánimo revoltoso chocaban a cada paso. La serenidad habitual cedió a los movimientos impetuosos de las fuerzas de la División del Norte, encabezada por Francisco Villa, que luchaba contra Victoriano Huerta. Al parecer el triunfo de la insurrección hizo que la lucha se prolongara y dirigiera sus cañones contra el propio jefe supremo, Venustiano Carranza.

Los periódicos llevaban noticias abrumadoras hacia todos los puntos cardinales. Al llegar las nuevas a la hacienda administrada por don Pedro Martínez, que a pesar de sus sesenta años, todavía tenía el aspecto robusto y joven y hacía una década que gobernaba la Providencia, éste discutía con algunos obreros los sucesos recientes.

El dueño, don Manuel, imploraba a don Pedro que dejara la finca y se fuera a la ciudad. Don Pedro se mantuvo firme en sus convic-

ciones porque se había encariñado con la propiedad, que sentía suya, y prefirió enfrentar los peligros. Su única preocupación era su hija Guadalupe quien vivía resguardada en San Luis Potosí, y aunque ella asegurara en sus cartas que se encontraba a salvo de todo peligro.

En la misma región estaba situada otra finca llamada El Mezquital, usada como retiro por el cojo Timoteo y otros rebeldes. El no tenía ningún grado militar pero sus hombres le llamaban coronel. Desde que Carranza dio el grito de rebeldía en Coahuila en 1913, el cojo se había lanzado a la Revolución. Era un tipo basto en su modo de actuar y hablar. Prefería luchar solo pero, si era necesario, combatía junto a otros grupos rebeldes, especialmente cuando se trataba de asaltar una población o de batir una columna federal. Adquirió su apodo "cojo" como resultado de una lucha cuerpo a cuerpo en la que fue gravemente herido y, para salvarle la vida, hubo que amputar una pierna gangrenada.

Un día, cuando varios hombres heridos se alojaban en el escondrijo, llegó un tipo llamado Abundio Guerrero, con intenciones de unirse al cojo. El ya había prestado ayuda a otros revolucionarios cuando pasaban por su rancho "El Tecolote", que no estaba muy lejos de la Providencia. Al preguntarle por qué quería abandonar su tierra y su mujer, el recién llegado le contestó que los federales se habían enterado de que asistía a los insurgentes y, para no ser fusilado, decidió luchar por la causa. Era muy conocido y muy estimado entre los hombres por sus actos valientes y enérgicos, y el cojo le dio el grado de mayor. El nuevo adepto brindó a los demás todos sus conocimientos en los asuntos militares. Les enseñó tácticos y estratégicos elementales, cuya eficacia pudieron probar en las constantes peleas

contra Huerta.

x x x x x x

El triunfo aparente de la causa cedió a varios meses de relativa tranquilidad. El cojo Timoteo y sus hombres llevaban una vida pacífica en El Mezquital. Con la calma, volvió el afán de sembrar las tierras y construir una vida nueva. Sólo un puñado de sediciosos decidió quedarse con su jefe.

Desde que volvieron, el cojo se dio cuenta de que Abundio estaba dispuesto a separarse definitivamente. No se acercaba al grupo cuando cantaban, persistía en quedarse solo. Su carácter había cambiado a tal grado, que nadie lo reconocía. Ahora con la trequa, tenía más tiempo para recordar y pensar. Iba y venía a El Tecolote con el pretexto de sembrar su tierra, pero alimentaba en su alma la angustia de una vieja herida. Por fin, refirió al cojo lo que le estaba corroyendo las entrañas.

Lentamente relató su salida violenta de El Tecolote. Su mujer se quedó para cuidar el rancho y los animales. En su ausencia, llegó don Manuel, dueño de La Providencia, con sus ayudantes, buscando unos caballos que se habían perdido en la hacienda. Al no hallar a Abundio (ni a los caballos), empezó a maltratar a la mujer para que dijera en donde estaban. Ella negó rotundamente que Abundio hubiera robado los caballos. Don Manuel decidió castigarla de manera brutal y ofensiva. La llevaron a la finca y, en el palenque, fue víctima de treinta salvajes que saciaron en ella sus apetitos.

Este tortuoso incidente causó la muerte de la mujer. No fue la falta de los caballos lo que hizo reaccionar de una manera tan baja a don Manuel, sino el conocimiento de que Abundio apoyaba a los rebel-

des. Y en la estimación del dueño de La Providencia, esta venganza tomada contra su mujer sería suficiente para dañar a Abundio. Fue un acto atroz y cobarde.

Lógicamente, al terminar el relato, el cojo ofreció tanto su ayuda personal como la de sus hombres para vengar el alentado, pero Abundio, con toda la pena y desesperación que sentía, se opuso. Quería pelear con don Manuel cuerpo a cuerpo para que nadie pudiera decirle que era un cobarde; pero para ello había de esperar. Estaba informado de que por el momento, el dueño de La Providencia se encontraba en San Luis y pacientemente esperaba el momento oportuno.

Los del Mezquital regresaron a sus faenas cotidianas en la espera de noticias sobre la llegada de don Manuel a la hacienda.

Uno de aquellos días Abundio arribó jadeante y excitado, con la noticia de que Francisco Villa se había levantado contra el jefe supremo Venustiano Carranza. Había visto en una de sus salidas del rancho que los de La Providencia llevaban la bandera de Villa. El cojo era de la partida de Carranza. No podían quedarse inactivos en la nueva situación y debía decidir qué partido tomar. Resolvieron lanzar un zapato al aire. Si caía apuntando a Matehuala serían villistas, si señalaba hacia San Luis seguirían con Carranza.

"¡Pa San Luis! ¡Pa San Luis!"

"¡Viva Carranza! ¡Muera Pancho Villa!"

x x x x x

La una vez quieta y olvidada hacienda fue encendida con la llegada del amo, ansioso de poner en movimiento la vida ociosa de la propiedad. Era el único propietario de la finca después de la muerte intempestiva de su padre. En los años pasados venía de vez en cuando

al predio para inspeccionar la situación con el administrador. Regresó con más seguridad porque los villistas habían ocupado la ciudad. Además, el general había ofrecido toda clase de garantías para el trabajo. El dinero que disponía ahora serviría para rehacer su vida y la de su gente.

Guadalupe había vuelto también para estar al lado de su padre. Huérfana desde niña, pasaba largas temporadas en la heredad para contrarrestar su condición enfermiza. Con el transcurso del tiempo, se había convertido en una hermosa mujer, graciosa y femenina. Su personalidad daba deleite a todos que le rodearan. Jugaba con los niños de los trabajadores, cantaba canciones populares cuando no había nadie que la acompañara, o se quedaba bajo la sombra de una bugambilia leyendo a ratos y gozando la vista pintoresca.

Los dos jóvenes se habían conocido desde que don Pedro se hizo cargo de la finca. Reunidos de nuevo, su amistad creció. Pasaban largos ratos charlando. Transcurría el tiempo, y como el albor despierta el terreno vasto y la primavera renueva los días soñolientos, así, un día, en lo más íntimo de Manuel, despertó una emoción nueva respecto a Guadalupe. Parecía que por primera vez, la contemplara, como a una mujer extraña, hermosa y fina.

La transformación de sus sentimientos no le dejaba tranquilo y llegó el momento en que brotaron de la profundidad de su alma palabras amorosas y manifestó sus intenciones hacia ella. Las palabras alcanzaban los oídos de Guadalupe como un sueño. Pasmada y estupefacta no encontraba voz para contestar, pero su actitud mostró a Manuel los mismos sentimientos de su parte. Con la bendición de don Pedro, fijaron la fecha de la boda para cuando terminara la recolec-

ción de las cosechas.

Pero pronto, se reiniciaron las hostilidades: asaltos, matanzas e incendios de las distintas partidas revolucionarias, lo invadieron todo. En un momento todo se oscureció: planes, esperanzas y el futuro, desanimándoles a tal grado que otra vez tuvieron que huir a la ciudad. Guadalupe trataba de calmar al impaciente y optimista Manuel, que aún creía que las fuerzas villistas iban a poner los sucesos en orden. Sintiéndose apoyado por las autoridades militares de Villa en la ciudad, regresó a la heredad siguiéndole un poco después la novia.

El administrador, el dueño y la futura esposa quedaron contemplando el estado devastado de la propiedad. Los rebeldes la habían asolado. Manuel se sentía desmoralizado pensando que todo sus intentos y fuerzas habían desaparecido en un soplo de viento; sin embargo, con el apoyo de don Pedro tuvieron que luchar y comenzar otra vez. El anciano nunca dejó de soñar que un día todo sería realizado.

x x x x x

Una explosión convirtió el silencio en un clamor salvaje. El asalto inesperado despertó a la casa entera. Sorprendidos, los habitantes del caserón no se percataron al principio de que los atacantes eran carrancistas; pero poco tiempo después advirtieron que venían encabezados por el cojo Timoteo.

Se armaron con rapidez y respondieron con furia. Don Pedro dio orden a Apolonio, uno de los trabajadores de que escapara con su hija, mientras los demás continuaban la lucha. Por más que combatieron para rechazar la embestida, el parque se terminó. Bajaron de la azotea, montaron en sus caballos y huyeron procurando perderse en fu-

ga precipitada.

Unos diez minutos después oyeron las pisadas, y luego las voces de sus perseguidores gritando infamias, y ordenándoles que se detuvieran. Don Pedro había recibido un balazo en el hombro; el cansancio y el dolor no le permitieron avanzar al mismo paso que los otros. Cayó del caballo bruscamente. Los segundos perdidos en auxiliar a don Pedro bastaron a los perseguidores para alcanzarlos.

Abundio se les acercó preguntando quién era el jefe de La Providencia. Nadie le contestó. Abundio amenazó con matar a todos si el indicado no respondía. Manuel era consciente del peligro en que estaban sus compañeros si él se quedaba callado y, finalmente, afirmó que él era el dueño. El cabecilla se le acercó con odio y venganza en los ojos recordándole el incidente, cuyo recuerdo guardaba hacía tanto tiempo. Le dio una oportunidad para defenderse que Manuel no aprovechó, y un fogonazo rompió la oscuridad iluminando instantáneamente el cuadro:

"Lo maté porque me la debía, porque
él tampoco tuvo compasión de mi
pobre vieja."

Subió al caballo y todos volvieron las riendas, gritando y silbando hasta perderse entre los matorrales del monte.

Al despertar a la realidad de la escena, que hacía unos minutos había terminado, los de La Providencia empezaron su marcha fúnebre hasta la hacienda. Al llegar se quedaron inmóviles, contemplando los residuos que humeaban formando nubes densas en el sitio donde por tantos años habían sacrificado sus vidas. Don Pedro, debilitado por la pérdida de sangre y el dolor, permanecía en silencio. Una lágrima rodaba por su rostro y con las pocas fuerzas que le quedaban

murmuraba frases cortas.

La fábrica era una ruina completa pero la finca había sido parcialmente consumida por las llamas. Lo que estaba intacto, lo utilizaron como un hospital para los heridos.

Pusieron el cadáver de Manuel sobre una cama en su habitación, cubriéndole la cara con un pañuelo. Ninguno de los hombres discutía el motivo de la muerte del dueño para probar la veracidad de las palabras de Abundio y, aun menos, las mujeres porque no entendían nada del asunto, y sólo comentaban que don Manuel había sido un gran hombre y Abundio un ladrón y asesino.

La herida de don Pedro fue más grave de lo que se sospechó y sus íntimos amigos lo atendieron de la mejor manera posible. No había pasado mucho tiempo cuando Guadalupe y su compañero se acercaron a galope. De un salto la joven echó pie a tierra y fue corriendo en busca de su padre. Al verla, la abrazó, feliz de ver que nada le hubiera pasado. En pocas palabras, ella le explicó de que modo habían logrado evitar a los rebeldes. Luego preguntó por Manuel. Don Pedro no sabía qué contestarle; le dijo que había sido herido y estaba descansando. Al oír esto, salió despavorida en busca de Manuel, sin dar tiempo a su padre de terminar su explicación.

Bastó un instante para que comprendiera todo. De un salto se precipitó sobre el lecho palpando y abrazando el cadáver por todas partes, articulando frases incoherentes. Retiró el pañuelo y con la mirada fija, clavada en aquel rostro desfigurado, lanzó un juramento de venganza.

Después del funeral, Guadalupe y su padre se trasladaron a San Luis para conseguir atención médica.

x x x x x

Día y noche fue perseguida por la visión de Manuel, impresa en su memoria. Una languidez inmensa, una sensación de completo decaimiento, de extenuación, le hacía desear la soledad. Sufría un dolor sin tregua, en aquella ciudad que, meses antes, había sido testigo de su amor, proyectos y sueños con Manuel. El ambiente era igual, pero, para ella, todo había cambiado. No encontraba refugio para aliviar su aflicción, como si todo en la vida hubiera terminado para ella. Solo el cariño por su padre le hacía encontrar nuevas fuerzas que alguna vez infundían serenidad en su alma.

Vestía un riguroso luto donde el único contraste era su faz pálida, que cubría al salir a la calle. Vigilaba infatigablemente a su padre, que empeoraba notoriamente. Sabía que pronto, un nuevo dolor, grande e intenso destrozaría su alma.

Durante los últimos días de don Pedro, Guadalupe no se movió del lecho de su padre, y sólo a instancias y ruegos de la familia en cuya casa había ido a refugiarse, accedía a tomar un descanso de unos minutos. Lo que temía sucedió una noche en que el viejo administrador exhaló el último suspiro. Aun preparada para esta nueva pena, sola en el mundo y sin ningún amparo, Guadalupe se encontró perdida.

Pasó el invierno en la casa de sus únicos amigos, que la habían cuidado como a una hija, tratando de hacerla sentir en su propia casa, y poco a poco fue fortaleciéndose moralmente. Por consejo del doctor y acompañada por una de las muchachas de la familia, Panchita, a la cual quería como hermana, salía de la casa en las tardes para tomar el sol y el aire. En las pláticas, Panchita le animaba para hablar de Manuel, pues ella nunca había tenido un amor semejante.

Hablaba de él, y esto hacía que Guadalupe se acostumbrara a la idea de que su amado había muerto.

Desde la muerte del dueño y el administrador, La Providencia estaba bajo el cuidado de don Juanito, viejo amigo. De vez en cuando llegaba a la ciudad para recibir órdenes de los herederos de don Manuel. Nunca se olvidaba de pasar a ver a Guadalupe y, naturalmente, ella le preguntaba por la hacienda. Muchas veces, el viejo acompañaba a Guadalupe y Panchita en sus paseos **vespertinos**, o se sentaba junto a ellas bajo la sombra de los árboles contemplando el nuevo aspecto urbano. Las calles estaban llenas de jefes villistas, que hacía mucho tiempo ocupaban la ciudad.

x x x x x

Desde que Venustiano Carranza lanzó el Plan de Guadalupe, el 26 de marzo de 1913, desconociendo a Huerta, llamando al país a las armas y asumiendo el cargo de primer jefe del Ejército Constitucionalista, los sucesos sufrieron cambios repentinos.

El 15 de julio de 1914, Huerta renunció a su poder presidencial derrotado por las fuerzas de la Revolución. En este tiempo el mando, de los ejércitos más poderosos estaba bajo el famoso triunvirato de **Zapata**, **Villa** y **Carranza**. El 20 de agosto del mismo año, Carranza entró en la ciudad de México como primer jefe y asumió el Poder Ejecutivo. Un mes después Carranza llamó a todos los generales y **gobernadores** para asistir a una Convención en la Capital. **Villa** desconoció al primer jefe y **Zapata** se negó someterse a Carranza.

Sin la cooperación de los dos generales, Carranza no podría consolidar la paz. Renunció a su puesto, y se trasladó a Veracruz, instalando su gobierno allí el 23 de noviembre de 1914. Eulalio Gutiérrez

rez fue nombrado presidente provisional del 6 de noviembre de 1914 al 28 de mayo de 1915. No quedaba más remedio que resolver el problema por la fuerza de las armas.

Las fechas, 6-7 y 13-15 de abril de 1915, marcaron la primera derrota de Villa por las fuerzas constitucionalistas encabezadas por el general Alvaro Obregón en Celaya. Era difícil creer que un ejército mal disciplinado, mal vestido, sin preparación, pudiera hacer frente a los millares de hombres aguerridos que componían la División del Norte; sin embargo, Obregón fue derrotando lentamente al poderoso ejército de Villa hasta que no hubo de él sino unos cuantos núcleos dispersos.

Zapata no tenía interés en la presidencia porque estaba empeñado en la defensa de su causa agraria. La lucha se libraba entre Villa y Carranza.

La Cámara de Diputados declaró presidente electo a Carranza para el período de 1916-1920.

La derrota de Villa fue contemplada también por los ciudadanos de San Luis. Los habitantes se despertaron una mañana con el bullicio del sorpresivo éxodo villista: oficiales y soldados que llevaban con ellos todas sus propiedades incluyendo muebles, alfombras, etc. Al caer la noche, el movimiento cesó y la ciudad quedó en silencio. Al día siguiente entraron los carrancistas, fatigados y desgarrados.

Tras algunos meses, no se habló más de los villistas. Siendo ya Carranza el primer jefe, se empezó a restablecer la tranquilidad y a poner en efecto un nuevo Código Político que habría de regir los destinos del país. Eso hacía inmigrar a la Capital a numerosos hombres que, por el parentesco o la amistad de los generales victoriosos

y los ministros del primer jefe, consideraban fácil obtener un puesto de importancia en el régimen que empezaba a crearse.

x x x x x

El padre de Guadalupe había muerto hacía un año. La república entera se encontraba en el ocaso de la confusión, y daba paso a un período de relativa calma. En esa época, por primera vez, Guadalupe se puso a pensar en la manera como debería desenvolverse en el futuro. En San Luis poco había que hacer en el terreno económico, porque los comercios no habían empezado a funcionar. Decidió ir a México, a donde se trasladaba la mayor parte de la gente en busca de trabajo. Naturalmente, la reacción de la familia fue negativa. Pero ella no podía seguir viviendo de ese modo. Tenía que hacer algo por sí misma y por ganarse la vida. Guadalupe estaba decidida a irse, y el padre de la familia, don Antonio, le consiguió una carta de amigos para presentarla a un licenciado Prieto, que era un personaje influyente de la Capital. El abogado era un hombre bien preparado en su carrera y estimado por todo San Luis. Había logrado en México prestigio y poder. Era una alta personalidad política y gozaba de estimación entre los jefes de la Revolución.

En cuanto estuvo preparada, Guadalupe salió en tren para la gran ciudad. Durante su viaje hacia un destino incierto, pensaba en multitud de cosas. Por primera vez en mucho tiempo volvió a ella la escena terrible de la muerte de Manuel y la de su promesa ante el cadáver. En ese momento, todo aquello parecía muy lejano. Ignoraba siquiera quién era el asesino, si aún vivía.

Una vez hospedada en una casa de huéspedes, también recomendada por la familia de San Luis, Guadalupe buscó al licenciado Prieto.

Era un tipo de mediana estatura, ligeramente obeso, cuyo físico recordaba el tipo indígena, de extracción humilde. Al abogado le llamó la atención esta hermosa mujer, sentada en la sala de espera. Su interés por conocer la razón de su visita aumentó cuando supo que no pertenecía a la clase de las que él estaba acostumbrado a tratar en el ambiente burocrático. Muy amablemente la invitó a pasar a su oficina. La hizo sentirse comodamente y al decirle que estaba a sus órdenes, Guadalupe le presentó la carta. Ella le explicó su situación y la necesidad que tenía trabajar.

El licenciado advirtió el gran problema que para él supondría proporcionarle un trabajo digno de ella. En aquel entonces el ambiente de las oficinas de gobierno estaba muy relajado y ninguna muchacha decente podría desenvolverse dentro de aquella esfera. Reflexionando en eso, el abogado estaba a punto de negarle su ayuda, pero al contemplar una vez más su beldad, su fineza y su gracia, no pudo rehusarle su apoyo. La despidió muy atento, prometiendo llamarla tan pronto como tuviera buenas noticias.

En tanto, Guadalupe y Josefina, hija del dueño de la casa, dedicaron los días a recorrer la ciudad.

El licenciado estaba encantado con Guadalupe y no podía dejar de pensar en la necesidad de procurarle una posición decorosa. Una noche llegó él a su casa con el problema resuelto. Si ella estaba de acuerdo con la idea, podría trabajar junto con él en su oficina; necesitaba a una persona de confianza y no simplemente una empleada, sino una colaboradora.

Guadalupe quedó asombrada. No esperaba conseguir un trabajo con un abogado de tanta reputación. Agradeciéndole su consideración

hacia ella, se comprometió a asistir a la oficina al día siguiente.

Para satisfacer la curiosidad de los amigos y clientes del abogado, y para proteger la posición de Guadalupe, éste les dijo que la joven era una antigua amiga de la familia.

En pocos días, Guadalupe aprendió su trabajo en el despacho. Se mostró diestra e inteligente en los asuntos particulares del abogado que terminó por depositar en ella una confianza completa. Con frecuencia la invitaba a comer, y charlaban de otros tiempos en San Luis. Después la invitó a su casa para conocer a sus hermanas, que la recibieron con agrado.

Prieto empezó a enamorarse de Guadalupe. Era el tipo de mujer con que siempre había soñado casarse.

Por la rapidez con que Guadalupe iba entrando en la vida del licenciado, Josefina advirtió que el abogado quería a la muchacha, y así se lo dijo a ella. Pero Guadalupe le afirmó que sólo había entre ellos una amistad honrada, que no podía llegar más lejos. Josefina trató de hacer entender a Guadalupe que no debía detenerla el recuerdo de Manuel para decidir un posible matrimonio. Guadalupe le aseguró que, en el caso de hallar a un hombre que le inspirara afecto, podría enamorarse otra vez, pero que enamorarse del abogado parecía inconcebible.

x x x x x

El primer día de diciembre de 1916, Carranza instaló en Querétaro el Congreso Constituyente, que terminó sus trabajos el 31 de enero de 1917. El 5 de febrero del mismo año, promulgó la Constitución elaborada dentro del espíritu de la Constitución de 1857, incorporando normas que permitieran a la Revolución resolver los más

ingentes problemas sociales, agrarios, y políticos, incluidas las legislaciones sobre recursos naturales, prestaciones obreras, limitaciones a la propiedad de extranjeros, educación y cultos.

Justamente en esos días llegó a México el general Guerrero, procedente de San Luis, con objeto de tratar al primer jefe y al Ministro de Guerra diversos asuntos relacionados con las tropas que estaban a su mando.

Hacia un año que Guerrero luchaba en las llanuras del norte de San Luis dentro de la partida del cojo Timoteo; obtuvo el título de general cuando el cojo fue asesinado por los villistas. El general Guerrero mostró valor e inteligencia estratégica en las batallas, adquirió fama en la región y respeto entre sus hombres.

No era ya sólo el sencillez minero de La Paz y el dueño de El Tecolote. Al recibir el grado de general, firmado por el primer jefe, Abundio comprendió que debía cambiar de carácter, de manera de hablar y actuar. En una palabra, tenía que adoptar una nueva personalidad. Era un hombre nuevo en mentalidad y en costumbres. Había cambiado incluso su nombre de Abundio por el de José A. Guerrero.

El licenciado Prieto lo recibió cordialmente y hablaron por mucho tiempo de los problemas de San Luis. Desde un principio, el general reparó en la hermosa mujer que trabajaba en la oficina del abogado. A partir de entonces, buscaba cualquier pretexto para ir al despacho y, cuando el licenciado estaba ausente, se sentaba cerca del escritorio de Guadalupe para hablar con ella.

Ambos eran potosinos y esto dio lugar entre ellos a un trato más informal. Guadalupe conservaba, frente a todos los hombres que asistían a la oficina, un dominio completo de sí misma, una tranqui-

lidad de ánimo que le otorgaba un aspecto más bien severo. Sin embargo, el general Guerrero la impulsaba a una actitud enteramente distinta. Encontraba en él algo que le hacía aparecer diferente a los demás generales. Su comportamiento cautivaba su espíritu con una rara atracción. ¿Como podía ella sentir algo semejante sin saber nada de él, ni de su vida?

Cuando discutió el asunto con Josefina, ésta le aseguró que acabaría por enamorarse de él. Pero Guadalupe se burló de la idea, y trató de convencerse a sí misma de que no era posible enamorarse de otro hombre después de un amor como el que había tenido por Manuel.

Con las visitas frecuentes del Guerrero a la oficina, el licenciado se percató de la naciente simpatía entre Guadalupe y el general. Lo que se presentaba como una simple simpatía estaba a punto de convertirse en algo más. El la había querido por muchos meses, ocultando su amor bajo una tranquila y fraternal amistad. Ahora, existía el peligro de perderla. Y una tarde, al cerrar la oficina, el abogado le explicó muy delicadamente el gran amor que sentía por ella, y le ofreció matrimonio.

Ella permaneció silenciosa y pasmada. Pese al gran respeto que le tenía, y dominando su emoción, le explicó que no podría aceptar su oferta de matrimonio porque no lo amaba como él merecía. Terminó agradeciéndole su oferta y le propuso continuar la amistad anterior.

Esas palabras hicieron sentir al licenciado Prieto como si alguien le hubiera pegado en pleno rostro. Nunca imaginó la posibilidad de que Guadalupe lo rechazara. Pensando en las palabras de Guadalupe, comprendió que ella, sin embargo, tenía razón. Para él también, un matrimonio sin amor, resultaba inconcebible. Se despidieron.

x x x x x

Una tarde las dos muchachas salieron de compras, tropezaron con el general Guerrero y él las invitó a tomar un refresco. Hacía días que no se presentaba en la oficina. La razón que dio a Guadalupe era que el asunto que le trajo a la Capital estaba por terminarse y creía que pronto regresaría a San Luis. Guadalupe, sin saber por qué, sintió un ligero malestar. Al despedirse de él, lo invitó a visitarla en su casa antes de salir de la Metrópoli.

Días después, el general hizo la visita acordada. La criada interrumpió la reunión: la madre de Josefina llamaba a la joven.

Una vez solos en la habitación, Guadalupe y Guerrero se quedaron en silencio; ambos trataban de aparentar una tranquilidad que estaban muy lejos de sentir. El general rompió el silencio explicando que tenía que decidir entre irse a San Luis o quedarse en México, con un puesto ya ofrecido por el Ministro de Guerra. Al pedirle su consejo, ella, dominándose, afirmó que no entendía de esas cosas, y que no podría contestar a una pregunta de esa naturaleza. En un arrebato inesperado, el general se acercó a la joven, oprimiéndola contra su pecho, besándola apasionada y locamente, declarando sus intenciones amorosas hacia ella y pidiéndole su mano. Tan débil y emocionada la hizo sentir, que no pudo contestarle. En un momento de ofuscación parecía que sus sentidos fueran hundiéndose en un abismo, que perdían su equilibrio al recibir sus caricias y oír sus palabras. Una voz dentro de ella gritaba imperiosamente que lo amaba....

Los sollozos de Guadalupe rompieron la escena. Un sólo instante de extravío había bastado para destruir toda una vida de virtud. Un sólo momento había sido suficiente para destrozar los pétalos de aque-

lla flor alimentada con el recuerdo de un amor casto y puro.

Al pasar unos días, el general le envió una carta llena de frases amorosas en la que la citaba con urgencia en la Alameda. El día mencionado, José la esperaba caminando nerviosamente de un lado a otro, recordando los momentos vividos con ella, y pensando que sinceramente le amaba. Había pasado una media hora. Desesperado, temía que no viniera. Pero, de pronto una silueta de mujer vestida de negro se dirigió hacia él.

Se sentaron en un banco cercano. El le suplicó que lo perdonara por su comportamiento aquella noche, aduciendo el gran amor que sentía hacia ella e implorándole que lo aceptara por esposo. Ella con la cabeza inclinada sin atreverse a mirarlo a los ojos, le dijo que había venido solamente para pedirle que no la juzgara una mujer liviana. El trató de hacerle entender que era el culpable y acercándose más, dejó caer en sus oídos las promesas y los planes que durante aquellos días había fraguado en su imaginación. Ella permanecía callada, y en el desamparo de su vida, aquellas palabras llenas de amor, de un amor tan grande, producían en su alma un bienestar que por momentos le hacían creer que, efectivamente, aún era posible la felicidad. El seguía afirmando sus intenciones, sin querer forzar la situación valiéndose de lo que había pasado ya entre ellos.

Si ella no lo amaba, si él no era digno de su cariño, entonces la entendería y la dejaría en paz. No obstante, había tal dulzura y humildad en aquellas palabras que Guadalupe sintió una especie de conmiseración hacia él. Además, sentía que lo amaba, que lo quería verdaderamente. Al recuperar las fuerzas, levantó la cabeza y fijó los ojos en los de él, diciéndole que dejarían la resolución para

después. Sin dejar de mirarlo, le expresó que nunca había pensado querer a un hombre, como a él.

x x x x x

Todas las tardes, José pasaba por Guadalupe para acompañarla a su casa. No quería que nadie se diera cuenta de aquellas entrevistas que deseaba guardar en la mayor reserva y vestía traje de paisano para no hacerse notable. Desde aquella tarde en la Alameda, ella procuró impedir que la tocara siquiera. Quería más, algo más espiritual, más profundo que la simple satisfacción del apetito carnal. José aceptó que las cosas se hicieran como ella quería.

Sin embargo, cuando estaba sola en su alcoba, sufría constantemente, aunque comprendía que, al aceptar la proposición de matrimonio, terminarían todos sus sufrimientos, Ya no ocultaba que sentía cariño hacia él, un cariño inexplicable, distinto de el que antes había tenido por Manuel, cariño que le hacía sentir su vida ligada a José. Por momentos recordaba que el general le era totalmente desconocido, que nada o casi nada sabía de su pasado. Se detenía sobrecogida por una especie de temor y pasaba las noches en un mar de dudas y vacilaciones.

Una de aquellas tardes, el general logró que ella aceptara subir a su automóvil. Tal vez aceptó porque ella estaba de buen humor o porque quería respirar aire puro después de su encierro en la oficina.

Echó a andar el motor con rumbo hacia el Bosque. Se sentía tranquila, con plena confianza en todo: en ella, en la vida y en él mismo. Y queriendo aprovechar aquella oportunidad de hablar **extensivamente** con el general para saber algo más de su vida, para conocer a fondo su pasado antes de tomar la determinación que tanto deseaba él, le

suplicó que continuara el paseo por las afueras de la Capital.

Ella le pidió que le contara algo sobre él, sus sufrimientos y aventuras. Después de platicarle algunas escenas sangrientas de las batallas, recordó aquel incidente en el que, cumpliendo su venganza, había satisfecho su mayor deseo.

Empezaba a contar inocentemente lo que había pasado con el dueño de La Providencia, cuando una violenta sacudida estremeció el cuerpo de Guadalupe, al escuchar el nombre de aquella finca y de Manuel. El general que estaba preocupado en manejar y en relatar el incidente, no se dio cuenta de lo que a ella le pasaba. Todo, toda la escena trágica surgió en la mente de Guadalupe. Los recuerdos lacerantes y crueles, en que su novio, casi su esposo, según ella, fue asesinado injustamente y luego la serie de sufrimientos, los días de continuo llanto y de infinita soledad.

No podía más. Las fuerzas le faltaban, el corazón trataba de escapársele del pecho. Y como si todos aquellos recuerdos dolorosos no fueran suficientes, de pronto surgió uno más, como un cruel sarcasmo, que la hirió en la fibra más sensible de su ser y casi arrancó de sus labios un grito de rabia. Este hombre, pensaba, era el asesino de Manuel, el que le había dado muerte de la manera más cruel y cobarde. Inconscientemente sin saber casi lo que hacía, con una rapidez violenta, asió el revolver que José había puesto momentos antes en el asiento para sentirse más cómodo, y disparó tres veces sin que el estrépito de las detonaciones llegara a sus oídos.

El automóvil se estrelló contra una zanja. El general, en sus últimos momentos, apenas pudo murmurar:

"¿Por qué hiciste esto Lupe.., si yo te quería tanto..?"

Ella todavía con el arma empuñada, se le acercó y con acento cruel le dijo:

"¡Juré por las cenizas de mi madre matar al asesino del único hombre que he amado en la vida! ¡Tú no tuviste piedad de él! ¡Tú hiciste que mi vida, que era toda amor, se convirtiera en un andrajo miserable! Tú mataste mi felicidad para siempre y, no conforme con ello, después me arrebataste la honra burlándote de mi debilidad de mujer! ¡Tú has sido la maldición de mi vida! ¡Por él, que me está oyendo, quiero verte morir como un malvado! ¡Yo también siento la satisfacción de haberme vengado por mi propia mano!

Cuando todo estuvo terminado y el cuerpo quedó inmóvil, ella dejó caer el arma. Tuvo un sentimiento de asco y repulsión. Asustada de su obra, echó a correr por los campos sin saber a donde iba, guiándose tan solo por las luces de la ciudad.

x x x x x

Jadeante, desesperada y espantada, llegó a la casa del licenciado. Tanto él como sus hermanas, trataron de calmarla y averiguar qué era lo que pasaba. No quiso decir nada en presencia de las dos mujeres que, sin decir palabra, salieron de la sala.

El abogado la invitó a hablar francamente, puesto que sabía lo sinceramente que él le apreciaba y su disposición de darle auxilio en todo lo que fuera necesario.

Animada por aquellas palabras, se sintió con bastantes fuerzas para empezar su increíble relato.

Entre sollozos, relató lo que había pasado desde sus días en la finca hasta el reciente suceso. El quedó pasmado; no podía admitir la posibilidad de que todo aquello fuera cierto. Al principio, pensó abandonarla a su suerte, pero al verla tan hermosa y dócil, doble-

gada por el dolor y el llanto, tuvo nuevamente compasión de ella. Le dijo que todo aquello era verdaderamente gravísimo y que no sabía lo que pudiera suceder cuando el Ministro de Guerra se enterara del asunto.

De rodillas, Guadalupe le rogó que no le abandonara, y la ayudara a escapar del terrible castigo que merecía. El estaba dispuesto a demostrarle que la nobleza de sus sentimientos y la grandeza de su cariño estaban por encima de cualquier pasión, y que, a pesar de todo, la seguía amando intensamente.

Decidió que lo mejor para ella sería salir de la ciudad lo más pronto posible en la mañana, con destino a San Luis, y esperar allí las noticias que él le enviara.

La acompañó a un punto en que el tren se detenía por unos minutos. Subió precipitadamente y, al volver la cara hacia él, para despedirse por última vez, le envió con su mirada un mensaje de aflicción y de suplica.

Al regresar a la ciudad, el licenciado compró un periódico y, como sospechaba, allí, en grandes caracteres y en la primera página estaba la noticia del general muerto. La investigación duró varios días, pero no hubo ninguna prueba convincente contra nadie, y terminó por pensarse en un suicidio.

Cuando los periódicos se olvidaron del tema, el licenciado envió una carta a Guadalupe para sugerirle que olvidara el pasado y que sólo pensara en que él la quería honradamente.

Al leer la carta, Guadalupe, con la cabeza caída sobre el pecho, sintió que por sus mejillas resbalaban lentamente dos lágrimas, que, al llegar a sus labios tuvieron el intenso sabor acre de su vida des-

venturada.

"¡Nunca más! ¡Nunca más! - se dijo
mentalmente comprendiendo lo inútil
de su vida."

CAPITULO III

LA TORMENTA

En el terreno de la cultura, José Vasconcelos se muestra talentoso, erudito y distinguido. Hizo la carrera de abogado, y escribió numerosos libros literarios, históricos y filosóficos. Declaró, en forma de autobiografía, sus sentimientos e ideas sobre la Revolución Mexicana, en dos volúmenes llamados Ulises Criollo y La Tormenta. Este último, que viene a ser la segunda parte del Ulises Criollo, tiene más bien el estilo de una novela. Dos llagas atormentan al autor a lo largo de toda la obra. Una, producida por Carranza, la herida de la injusticia; la otra por Adriana, la herida de un amor infortunado.

Al principiar su autobiografía, Adriana aparece como una imagen misteriosa que le persigue como una sombra seductora, cautivándolo en sus momentos ardorosos, apaciguándolo en los difíciles e inspirándolo en los creadores.

La producción ostenta un estilo encumbrado y directo, que otorga una fuerza violenta a la realidad patente, que se expresa como clara manifestación de la época.

Datos Biográficos y Bibliográficos

Nació el 27 de febrero de 1882 en Oaxaca; estudió las primeras letras en su ciudad natal, después en Piedras Negras (Coahuila) y en Eagle Pass, (Tejas, E.U.A.); se instaló en la ciudad de México, donde terminó el bachillerato en la escuela Nacional Preparatoria; pasó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia y se recibió como abogado en 1906; en octubre de 1919, con Antonio Caso, Julio Torri, Alfonso

Reyes y otros; fue fundador del Ateneo de la Juventud; formó parte del primer Partido Antirreeleccionista, fundado en la ciudad de México el 25 de abril de 1919; concurrió a la gran Convención de dicho partido en el Tívoli de Eliseo el 15 de abril de 1910; fue secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución en Washington, D.C.; durante el gobierno de Madero ocupó el cargo de Director de la Escuela Nacional Preparatoria; después de la Decena Trágica, huyó de la ciudad de México para incorporarse a las fuerzas revolucionarias; fue nombrado agente confidencial en Inglaterra; en México de nuevo, asistió a la Convención de Aguascalientes (1914); formó parte del gabinete del presidente provisional Eulalio Gutiérrez como Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1914-1915); al triunfar Carranza se desterró del país voluntariamente; fue a Lima, Perú, como agente de las Escuelas Internacionales de Idiomas Berlitz; fue nombrado rector de la Universidad de México a la caída de Carranza (1920); organizó e inauguró una gran campaña de alfabetización; fue embajador en algunas ciudades en la América del Sur; en 1929 fue candidato a la Presidencia de la República; derrotado por el candidato oficial, salió de nuevo del país; dirigió durante su estancia en Francia y España, la revista La Antorcha (1931-1932); regresó a México e inició un período de gran actividad literaria; era miembro del Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la lengua y doctor "Honoris Causa" de algunas universidades hispanoamericanas; murió en 1959.

Obras Principales

Cuento: La cita, 1945

Teatro: Prometeo vencedor, 1920; Madrid, 1921. - Los robachicos, 1946.

- Ensayos: Gabino Barreda y las ideas contemporáneas, 1910. - La intelectualidad mexicana, 1916. - El monismo estético, 1918. - Divagaciones literarias, 1919, 1922. - Pesimismo alegre, Madrid, 1931. - Sonata mágica, Madrid, 1931. - Qué es el comunismo, 1936. - Qué es la revolución, 1937.
- Autobiografía: Ulises criollo, 1936 (varias eds.). - La tormenta, 1936 (varias eds.). - El desastre, 1938 (varias eds.). - El proconsulado, 1939 (varias eds.).
- Filosofía: Pitágoras, una teoría del ritmo, La Habana, 1916; 1921. - Estudios indostánicos, Madrid 1920; 1938, 1948. - Tratado de metafísica, 1929. - Ética, 1932, 1939. - Estética, 1935, 1936, 1939. - Historia del pensamiento filosófico, 1937. - Manual de filosofía, 1940. - Lógica orgánica, 1945.
- Sociología y Pedagogía: La raza cósmica, Barcelona, 1925; 1948. - Indología, Barcelona, 1927. - Bolívarismo y monroísmo, Santiago de Chile, 1935. - De Robinsón a Odiseo, Madrid, 1935.
- Historia: Los últimos cincuenta años, 1924. - Breve Historia de México, 1936 (varias eds.). - Hernán Cortés, creador de la nacionalidad, 1941. - Simón Bolívar, 1939, 1943.
- Antologías de su obra: Páginas escogidas. Selección y Pról. de Antonio Castro Leal, 1940. - Vasconcelos, Pról. y selección de Genaro Fernández Mac Gregor, 1942. - El viento de Bagdad. Cuentos y ensayos. Selección y Pról. de Antonio Castro Leal, 1945.

La Amante

"Aunque no lo quieras, tendrás que recordarme porque lo mejor que has escrito, lo hiciste a mi lado, cuando era yo tu ambición."

Adriana se llamaba, hermosa y enigmática. Su pasado vago, su vida un sendero laberíntico, que la llevó a encontrarse envuelta en el vértigo de una época sangrienta. Apareció al lado de él como una amante apasionada que supo guiarle espiritualmente.

Era una tarde espléndida. Se acercaban a la Capital. Hablaban de la belleza natural que les rodeaba. Adriana, una alumna reciente de pintura, discutía su impresión artística:

"La naturaleza es la que ha de imitar al arte."

Sin duda, el licenciado Vasconcelos estaba orgulloso de ella por aquel, su empeño de enterarse de todas las facetas de la cultura, adquirido en los libros de su biblioteca. Para él era una compañera perfecta. La amaba fervorosamente. Llegó a su vida demasiado tarde, él se encontraba casado. Sólo la pasión dio refugio a estos dos seres dentro su situación ambigua.

x x x x x

Era el año de 1913. El país estaba bajo el poder de Huerta, cuya traición a Madero y Pino Suárez, contrarió tanto a Vasconcelos que decidió marcharse del país. Fue capturado por ser Maderista leal y pasó algunos días en la cárcel. Finalmente, Huerta le propuso libertarlo para continuar su carrera legal, a cambio de su apoyo, por ser ya Vasconcelos un hombre de influencia en aquel entonces. Al salir de la cárcel, dijo a un amigo:

"Ahora sí hay que largarse de la Capital, porque

la amistad de este borracho es más peligrosa que su odio."

Por medio de amistades maderistas, logró escapar en un barco que abordó en Veracruz con destino a Europa. Adriana se embarcaría en el vapor alemán que saldría del mismo puerto horas después. La primera escala fue Cuba.

Juntos en la Habana, buscaron una pensión. En la habitación de un hotel céntrico, recibía a los refugiados políticos y los periodistas que convenía.

Desde allí, el licenciado escribió a Carranza poniéndose a sus órdenes e informándole las gestiones que hacían los huertistas para colocar un empréstito en Europa. De acuerdo con las órdenes de don Venustiano, se dirigió a Nueva York como representante del mismo, y allí Adriana volvió a reunirse con él. Juntos abordaron el trasatlántico hacia Europa. Tanto en Nueva York como en el viejo continente recorrieron los museos y sitios culturales.

En París, él atendía sus asuntos, pero no dejaba sola a Adriana durante mucho tiempo. Sin embargo, ella empezaba a inquietarse por sus ausencias. En una ocasión se molestó sin razón cuando le dio todos los detalles de una comida en la casa de una bellísima señora mexicana, quien llevaba muchos años en París y a la que interesaban las historias de la Revolución en progreso.

Con toda inocencia, él le había pedido a Adriana que lo ayudara a escoger para esta dama, la canasta de rosas de Francia que él estaba obligado a enviar. Ella le acompañó, pero con cierto disgusto. Una tarde, al llegar a la casa después del almuerzo, no la encontró allí. Supuso que habría bajado a dar un paseo por el boulevard y se recostó para descansar.

Momentos después llegó ella. No le pidió explicaciones. Adriana se encargó de provocarlas. No le saludó cariñosamente como de costumbre. Sonreía misteriosamente, sin contestar a las preguntas:

"¿A dónde fuiste? ¿Por qué tardaste?"

"¿Crees que sólo tú tienes amigos?"

Y empezó a contarle una historia de amistades tejanas con las que se había encontrado. No sólo la habían llevado a tomar el té a un lugar de moda, sino que la invitaban a pasar una temporada en el campo. A medida que hablaba, él iba enfureciéndose; celos como llamaradas le secaban el habla en la boca. Reprimía el deseo de insultarla. Lo invadía la angustia de no acertar a degollarla allí mismo. Y acabo diciéndole:

"Si quieres librarte de mí, partimos el dinero y tú sigues con tus amigos."

Tranquila respondió:

"No necesitas molestarte, porque me será fácil llegar a los Estados Unidos con mis amigos."

Y así, en un instante y sin previo anuncio ni motivo, se hallaron en una situación de rompimiento. Era la primera vez que ocurría. El sentía casi terror de sólo imaginar las consecuencias inmediatas. Las lejanas le preocupaban menos, porque tenía la impresión de que un distanciamiento total era ya entre ellos imposible, pero un capricho, el rencor de una frase precipitada, podían desencadenar reacciones que justamente en aquellas circunstancias debían evitarse. Su condición era doblemente anormal: por su amor ilegítimo y por el estado de exiliados y rebeldes en que se hallaban. Un rompimiento en aquellas circunstancias, podía provocar, aparte de la angustia íntima, trastornos incalculables.

Pasado el disgusto, ella se le acercó, ablandándose; le pasó un brazo por el cuello diciéndole:

"Te seguiré, mientras me necesites; no te preocupes."

Después de eso, con fiesta en el alma, volvieron a ver el París nocturno. Era una de sus últimas noches francesas: acababa de caer el puerto de Matamoros en manos de los patriotas y la permanencia en Europa ya no tenía objeto. Vasconcelos tenía urgencia de presentarse en el campo, y Adriana se vio obligada a volver también a México. Para consolarse de su corta permanencia en Europa, antes de embarcarse para América, decidieron emprender un viaje rápido a España.

Después de algunos días dichosos en España, antes de separarse, estuvieron un día en la Playa del Sardinero. Parecía que no les quedaba ya nada por decir. A la caída del sol, desde el balcón del hotel, vieron brillar las luces del puerto como pequeñas luciérnagas bailando en las olas. Dolía la separación como si fuera para la eternidad, pero con diferencia de días volverían a pisar juntos un mismo continente. A cada momento, despertaba en él la tentación de perder el billete del barco y regresar a París. Ella aguardaba también una solución inesperada, pero nada llegó a ocurrir. Se separaron.

El barco llegó a las diez de la mañana. Los dos quedaron mudos. La dejó instalada en su camarote; un último abrazo insípido y una despedida como de quien se fuga, terminaron la escena.

Por lo pronto, cuando llegó al continente Americano, se instaló en San Antonio, que servía como centro de informaciones revolucionarias. Para él, el ambiente allí resultaba insoportable y el único lugar de noble refugio era la Biblioteca Pública. Allí pasaba horas

releyendo a Platón y Aristóteles, haciendo estudios sobre Pitágoras.

Al mes, llegó Adriana. Se instaló en el extremo opuesto de la ciudad, donde tenía amigos. A menudo hacían paseos por un gran bosque rústico de hermosas encinas. En las tardes, ella le acompañaba en la lectura de diálogos griegos. Al caer la noche, después de dejarla en su casa, la idea de la separación lo atormentaba.

x x x x x

Al presentarse Carranza en ciudad Juárez, Vasconcelos fue a ofrecer de nuevo sus servicios. Fue despachado antes a Washington y después a Nueva York con vagas comisiones. Allí esperó semanas enteras por instrucciones que no llegaban. Pero a su lado estaba Adriana; se habían instalado en un par de habitaciones con baño y cocina. Entre ellos hacían estragos los celos. El pasado de ella, aunque a la vista, lo obsesionaba irrediablemente; cuando ella le hablaba de eso, él quedaba hundido en una melancolía dolorosa. A su vez, ella no estaba conforme con el presente. Un día, cuando paseaban por la Quinta Avenida, vieron a una pareja joven conversando dichosamente:

"Así quiero yo un hombre, --dijo ella
aludiéndolos, -- que sea todo mío."

Nada lo lastimaba tanto como estas quejas por una situación que no tenía remedio, y que ella conocía de antemano. Esa sería la espina constante, que los torturaría toda la vida.

x x x x x

Fuerzas de la marina de guerra norteamericana, por órdenes del Presidente Woodrow Wilson, invadieron el puerto de Veracruz para evitar la entrega de armas a los huertistas por un vapor alemán. Esto provocó la agitación que dio motivo al proyecto de las conferencias llamadas del Niágara, pues los huertistas llevaron sus peticiones a

Washington.

Carranza nombró al Licenciado Vasconcelos como uno de los delegados de la Revolución a esas conferencias del Niágara, que darían ocasión a que los diarios hablarán de la Revolución y sus propósitos. Para reunirse con los colegas de comisión emprendió el viaje a Washington. Como esta vez estaría ausente unos cuantos días, pensó que sería mejor no llevar a Adriana. Y así quedó entendido. En disposición alegre celebraron el día de su partida, y tomaron un cuarto en un hotel céntrico, para que él abordara con facilidad el tren de Washington. Ella tenía que esperarlo en un balneario neoyorkino. Después de la cena, bailaron en un cabaret de Broadway. Faltaba una hora para que saliera el tren y aún cuando le dolía dejarla sola en un hotel de playa, no quería provocar escándalo en Washington. Su posición era delicada. En los últimos días, Adriana le había dicho que se sentía un estorbo para él. Estas frases, bien lo sabía, escondían una riesgosa carga eléctrica, pero habían sido tan serenas las últimas horas que no podía esperarse contratiempo alguno. Sin embargo, con algún pretexto trivial, la conversación comenzó a agriarse. Habló de que no iría al balneario, sino a San Antonio con sus amistades y que buscaría trabajo; puesto que ya la Revolución triunfaba y él volvería a México, se consideraba libre para vivir su vida.

El escuchó agobiado estos propósitos paseando de un extremo a otro del cuarto, y como viera que se acercaba la hora de la partida, le dijo con brusquedad:

"No es hora de discutir esas cosas. En una semana estoy de regreso y todo seguirá como antes."

Ella se peinaba; y de repente, aprovechando el instante en que

él le daba la espalda, cortó sin compasión, y alargando la mano, le dijo:

"Toma-- y le ofreció la trenza--. Para que veas que no es porque esté pensando en otro, sino porque no tolero más esta vida y mejor me retiraré a un convento."

El se quedó mudo y perplejo, como si se hubiera suicidado a su vista. Para él era espantoso no poder darle toda la protección ferrosa que su naturaleza extraordinaria demandaba. Ella se ablandó, se puso dulce e infinitamente abnegada y juntos, como recién desposados, tomaron el tren para Washington la mañana siguiente.

x x x x x

Las victorias de Torreón y de Zacatecas en 1914, obligaron a Victoriano Huerta a embarcarse. Se produjo el estallido del conflicto entre los villistas y Carranza. Entonces Vasconcelos regresó a Nueva York por su cuenta, sin contactos con carrancistas ni villistas. Empezó a visitar a ciertas amistades con las que contaba para rehacer sus funciones de abogado. Pero apenas se acercaba un descanso de actividades políticas, cuando surgían dificultades entre él y Adriana. El ambiente se cargaba de nubes negras y no se hacía esperar alguna sorpresa desagradable.

"Regresa tú, yo me quedo."

Se había aficionado al piano y hablaba de no interrumpir su carrera artística. Pasaron varias semanas en esta situación; en tanto, la situación en México se complicaba.

La hipertensión en que vivían hizo que entre ellos se perdiera la confianza. Una tarde salió ella de la casa y él, agitado, registró los baúles buscando una prueba de infidelidad o una información sobre sus planes. Al no hallar nada comprometedor, le produjo re-

mordimiento su proceder y se predispuso a una reconciliación.

Pero cierta mañana, ella le preguntó si volvería para el lunch. Le contestó que lo tomara sola y no esperara. El estaba de prisa, preocupado por una serie de citas y le respondió con impaciencia. Cuando llegó, más tarde, dispuesto a pedir excusas y ofrecer reparación llevándola de paseo, encontró la casa desierta y sobre la mesa una carta de despedida.

El tono de la carta era ambiguo, casi irritante; le dejaba porque no quería ser un estorbo; recomendaba que no le buscara y le deseaba felicidad.

Enloquecido, caminó en todas direcciones, buscándola. Se dirigió a la estación de Pennsylvania, luego a una Academia de Lenguas en donde había estado tomando clases de francés. Allí le informaron que hacía días que no se presentaba a clase. Finalmente, irritado, pensó en que sería mejor que se fuera con otro. Y apenas pronunciaba mentalmente aquellas frases, cuando los celos le encendían la sangre. Esa misma noche tomó el tren con rumbo a su patria.

x x x x x

Al acercarse el tren a San Antonio, una vaga esperanza le consolaba, la de que se hubiera refugiado con una familia amiga suya de quien siempre hablaba.

Por la mañana llegó a su casa, todo parecía tranquilo. Se habló de los preparativos de la partida hacia México. Pero lentamente, tras la breve alegría de su llegada, tomó el telefono para comunicarse a casa de los amigos de Adriana. Oyó la voz de una señora. Parecía que Adriana, en un arranque de locura, había cortado sus trenzas y se había encerrado en un convento.

La súbita visión de su sacrificio, de su renuncia cuando él la imaginaba en aventuras vulgares, le produjo un acongojamiento, una pena tan honda que al terminar la conversación, se puso a llorar sin poder dominarse. Decidió ir inmediatamente a sacarla de aquel convento, lo que, para su sorpresa, no fue demasiado difícil:

"En realidad, Adriana confesó, ya quería salirme; por eso **hablé** con la señora americana de San Antonio, porque sabía que te dirigirías a ella preguntando por mí; quería que vinieras a sacarme."

x x x x x

Después de varias convenciones, fue electo presidente provisional, Eulalio Gutiérrez, del 6 de noviembre de 1914 al 28 de mayo de 1915. Siendo Vasconcelos íntimo amigo del presidente, le pidió que lo apoyara para enfrentarse a la caótica situación.

La Revolución había realizado muy poco a causa de su división en tres fracciones y había degenerado en el personalismo, cuando el poder reciente decidió tomar parte en la acción. Se publicó el manifiesto de la destitución de Villa y se lanzaron excitativas a gobernadores y generales con mando, para que **apoyaran** al gobierno. Muchos voluntarios se presentaron pidiendo rifle y caballo. Más de cuatro mil hombres salieron de Pachuca con rumbo hacia las Huastecas.

En el camino Vasconcelos y el presidente charlaban cuando, de pronto, por el camino de México, descubrieron una polvareda; se **movía** con rapidez; no era de caballos sino de automóvil. A los pocos minutos distinguieron una bandera inglesa en el tope de la carrocería. Al frenar el vehículo, delante del grupo de ellos, apareció en todo su esplendor matinal, vestida de rojo claro, Adriana. Al bajar del coche, él exclamo: ¿Qué locura es esta?

"Pues nada; que si te matan quiero estar a tu lado, haré de enfermera, etc. etc."

Lo peor era que el tránsito había sido cortado por los villistas, y el pasaporte que Adriana poseía no la autorizaba a regresar.

"Y esa bandera inglesa, ¿cómo hiciste todo esto?"

"¡Ah, fue muy fácil!; una parienta mía casada con un inglés obtuvo permiso para venir a Pachuca, donde su marido trabaja en las minas; vengo como Mrs. Jackson."

Por instrucciones expresas, los guías les llevaron lejos de los caminos ordinarios. A menudo era menester echar pie a tierra en las pendientes demasiado pronunciadas. En Actopan descansaron. La travesía de la sierra de Querétaro fue dura. Llegaron a San Luis Potosí en donde, por primera vez en varias semanas encontraron descanso verdadero. Allí, él suplicó a Adriana que les dejara. El camino de San Luis estaba libre de estorbos; nadie se daría cuenta si abordaba el tren de Laredo. Pero ella se negó. Estaba contenta; quería curar heridos, y él, conociendo su carácter impulsivo, no argumentó más.

Seguían un camino zigzagueante hacia la región de los Cedillo y los Carrera Torres. Como gobierno nacional entraron a Ciudad del Maíz.

Cedillo reconoció su gobierno, pero no quiso colaborar con sus fuerzas para la invasión de Coahuila que proyectaban. Contaban con cerca de cuatro mil hombres. La primera columna atacaría Zacatecas para incomunicar a Villa con el Norte. La segunda con Eulalio Gutiérrez al frente, atacaría Saltillo. El presidente insistió en enviar al licenciado a Washington, para informar al exterior sobre sus pro-

pósitos y actividades.

El viaje hacia la frontera era duro y peligroso. Con ayuda y viajando por las noches lograron llegar al Río Grande: Adriana, Vasconcelos y su hermano Samuel.

Salvo algunas huellas de sol en el rostro, Adriana estaba de mucho mejor aspecto, se había puesto más esbelta y más firme. Los peligros, las penalidades físicas, los reunieron en renovada ternura, pero eran frecuentes las disputas, y los incidentes de celos. A veces él pensaba que al llegar a la frontera y sentirse libres, reñirían para siempre; otras veces parecía que el destino los había reunido permanentemente.

Al llegar a Nueva York, Adriana se transformó. Unas cuantas visitas a una Sala de Belleza bastaron para que su cutis volviera a tomar el tono lechoso de antes. Unos cuantos trajes le devolvieron la frescura de su juventud gloriosa. Alquilaron un departamento amueblado, por las "setentas", y empezaron a recibir amigos de la colonia hispanoamericana. Con ansias de gozar nuevamente de la vida cultural, comenzaron a asistir a los conciertos por las tardes y a la ópera por las noches.

La espera obligada en cuanto al desarrollo de los asuntos de México, representaba para él la ocasión del trabajo intelectual. Despreocupado y acompañado siempre de Adriana, empezó a frecuentar la Biblioteca de la Quinta Avenida. A veces entraban allí a las tres de la tarde y salían a las once de la noche. Habrían transcurrido los días, provechosos y serenos, si la preocupación de los asuntos mexicanos no les hubiera atormentado de modo constante.

x x x x x x

En abril de 1915 tuvo lugar la batalla de Celaya, triunfo militar que dio a Carranza todo el centro de la República. Para el licenciado era menester saber si estaba o no el presidente provisional en condiciones de sostener su misión en el extranjero. Para informarse sobre el presidente, aprovecharon el viaje a México de un colega americano.

No habían pasado muchos días cuando los diarios anunciaron la noticia de que Eulalio Gutiérrez, Presidente Provisional electo en la Convención, renunciaba a su investidura y entregaba sus armas, sus tropas y el territorio ganado al primer jefe, Venustiano Carranza.

La política nacional se dividía en dos bandos; el de los leales y el de los traidores. Leales se llamaba todos los partidarios serviles de Carranza y, traidores, a todos los vencidos por el carrancismo. Expulsado de su país por las balas de Carranza y por la situación política, Vasconcelos volvió a Nueva York y se encerró en la Biblioteca, donde tuvo por patria a la filosofía griega. Sin embargo, no podía vivir sin Adriana. Su tranquilidad dependía de la seguridad que ella le diera. Si la veía serena y afectuosa, las horas de estudio corrían plácidas, pero apenas tenían un disgusto, un problema cualquiera, se creaba un ambiente de tensión, y un padecimiento casi físico le ponía inquieto y lúgubre.

Volvió ella a tomar unas clases de canto que según él, de nada le servían, pero eran motivo de celos, pues Adriana hablaba a menudo de los merecimientos y los galanteos de su profesor. Se ausentaba rara vez, únicamente para la clase. Paseaban juntos o se quedaba ella en la casa estudiando el piano y el canto.

Ella pensaba -según dijo alguna vez- que él era un hombre impul-

sado constantemente por grandes preocupaciones y por, eso mismo, sería capaz de sacrificarla si su ideal se pusiera en juego en un momento dado.

"Te costaría trabajo, sufrirías, pero a la postre, puesto a elegir entre tu ideal y yo, me sacrificarías."

Nunca había pensado en dejarla, ni siquiera en la posibilidad de circunstancias que les obligaran a una separación; planteado así el problema, en abstracto, hubo de reconocer que ella tenía razón y le dijo más bien jugando:

"Bueno, te dejaría para pelear por la patria, para cumplir una misión espiritual plenamente..por ejemplo: alguna vez para concluir a solas un estudio, un trabajo importante... pero nunca por otra; ¿ni a qué viene preocuparse por esas cosas?"

"¿Lo ves? ¿lo ves? -exclamó:- Si no son celos, ya lo sé que no me dejarás por otra, pero no soy yo la más importante de tu vida; tú eres de los que creen en una misión y los hombres así pueden ser fríos, pueden ser terribles."

La conversación continuó en el mismo tono, hasta que él se vio obligado a salir de la casa enfurecido.

A las pocas horas volvió a la casa y la encontró vacía. Igual que la vez anterior, Adriana había cargado con sus baúles, pero sin dejar una línea de explicación. Una cólera sorda empezó a invadirlo y pensó que, seguramente, había escapado con el maestro de canto de quien tantas veces le hablara. Un dolor grande, infinito deshizo su voluntad. Todos los recuerdos herían sus sentidos; toda su sensibilidad clamaba en multiplicado tormento.

Bruscamente una ráfaga de ira y de fuego secaba las lágrimas, tornábase en enojo la ternura y otra vez empezaba a desear que Adriana viviera por su cuenta una vida libre. Dejar de quererla, en eso

estaba la solución. Por lo pronto, no pensaba buscarla; recordó lo que decía su maestro Uriarte, de Procedimientos Civiles:

"No persigas mujer que se va, ni carta que no viene."

Pero pese a toda aquella ensoñación arrogante y absurda, algo impulsó sus pasos hacia la casa para ver si había llegado un aviso o mensaje de Adriana.

Al llegar no encontró nada, tampoco al día siguiente; entonces decidió cambiar de casa. Si ella lo buscaba no lo encontraría. Estaba sentado, la tercera noche, frente a la mesa, cuando sonó el teléfono:

"Me urge verte; ven por mí en seguida...aquí no más, enfrente, numero tantos...La casa de Mrs. X."

A una cuadra de donde él vivía, Adriana estaba esperándole.

Pocos días llevaban de paz, cuando un incidente penoso volvió a enfrentarlos a nuevas dificultades. Al salir de un concierto encontraron a una familia conocida de México. A él, le habían saludado, pero a ella, le habían negado el saludo. El salvó la situación por el momento asegurándole que no le importaba quienes los vieran juntos.

Para alterar la rutina y concluir el verano, se fueron a una playa en que gozaron de la vida deportiva. Duró un mes aquella satisfactoria intimidad, pero allí surgió otro conflicto: Adriana se había propuesto trabajar dando clases de español. El se irritó al oírle proponer tal cosa:

"No es tu gramática lo que buscan tus alumnos, sino tus ojos.."

Pronto ocurrió lo que él suponía. Ella misma le contó que uno de sus discípulos, un italiano, le hacía proposiciones matrimoniales.

"Muy bien, para eso eres libre, cástate en seguida; ni debo, ni quiero, ni puedo estorbártelo."

Furioso y ofendido, salió de su cuarto. A la mañana siguiente le envió dinero para los gastos de un mes con la promesa de seguir enviándolo mientras lo necesitara. A las pocas horas, ella lo devolvió sin un solo recado. El licenciado, temiendo por su debilidad, fue a reunirse con dos de sus amigos. Por la noche, Adriana regresó a la casa y juntos de nuevo volvieron a frecuentar la biblioteca. Volvieron los paseos por la tarde, y las interminables conversaciones. Volvieron a la intimidad más perfecta.

x x x x x

La situación económica iba empeorando poco a poco, y él decidió visitar a un amigo, un cliente de México, a quien pidió orientación para hallar trabajo. Este le aconsejó que se fuera a la América del Sur porque era la época propicia para encontrar una buena oportunidad. Por su parte, Adriana no se mostraba entusiasmada con la idea, pero sabía que si él lo aceptaba, se iría.

A los pocos días, volvió hablarle del italiano. Le dijo que había decidido no acompañarle a la América del Sur. Esto lo encolerizó tanto que comenzó de nuevo a levantar la voz.

La ofendió diciéndole que era muy libre de hacer lo que quisiera, pero que no podía engañarlo; que si el italiano le gustaba lo dijera. Ella se rió con desprecio y exclamó:

"¿Me crees capaz de entregarme así a cualquiera?"

"¡Ah, luego es un cualquiera tu italiano!"

Ella gritó también:

"Es mejor que nos separemos desde antes del viaje; no vuelvas a verme."

El se retiró abatido, pensó que de verdad no volvería a verla. Durante muchos días no la vio, y se enterró en los libros y en sus escritos.

Un día, en el periódico, fue anunciado un concierto con obras de Chopin. Sospechó que ella no dejaría de asistir. Pensó que, a la mejor, aparecería con el italiano. Durante la función, la buscó entre las filas de los espectadores. Al final la vio, parecía que había adelgazado, su cara pálida le inspiró una infinita ternura. Ella pasó a su lado pero fingió no verlo, y él no se acercó a saludarla. Instintivamente, la siguió por toda la calle hasta su casa. Llegaron juntos a su casa, sin hablar, entraron y allí se perdieron en un abrazo desesperado.

x x x x x

La agencia en Lima, Perú de las Escuelas Internacionales, le ofrecía un buen sueldo, más unas comisiones. El, realmente, no estaba tan entusiasmado con la idea, pero, por las circunstancias, no tuvo más remedio que aceptar. No pudo entrar en su país. Únicamente la caída de Carranza podría cambiar las cosas.

Adriana lo alcanzó en la Habana, donde embarcaron juntos con destino a la América del Sur. Al llegar a Lima, tomaron unos días para ambientarse y esta vez se hospedaron en una casa de huéspedes. Hicieron buenos amigos entre la sociedad, pero con el tiempo, Adriana empezó a hastiarse. Le faltaban los quehaceres que siempre había desempeñado al establecerse en algún lugar. Pero él sabía que era inútil instalarse en un departamento porque la situación política podría variar y hacer posible su regreso a México.

Pasado el verano se encontraron otra vez en dificultades. Un

domingo sentados en un jardín de la costa, le dijo Adriana:

"Tú no puedes ser feliz sino con tu mujer y tus hijos."

"A tí te hacen falta tus galanteadores de Nueva York."

Ella seguía escribiendo a sus amigos desde allí y, cada vez que abordaban el tema de Nueva York, la conversación degeneraba en disputa.

Una noche él llegó muy animado. Había sido invitado a una aventura por algunos americanos que tenían el proyecto de poner un ferrocarril en Iquitos. Adriana, con frialdad, le preguntó donde pensaba dejarla. El no había pensado en eso y le propuso volver en tanto a Nueva York. Buscaron en el periódico fechas para las salidas de los barcos. De pronto parecía que los dos se habían olvidado de los recientes disgustos.

No habían pasado muchos días cuando el proyecto se vino abajo. Con cualquier motivo, surgió otra disputa. Se recordó lo del viaje y ella precisó la fecha. El quería que fuera a México con sus amigos y no a Nueva York porque no confiaba en sus amistades de esta ciudad. Eso la irritaba:

"¿Es que me crees una cualquiera? Y acuñó la frase: "Tú me quieres, pero no me estimas... y yo necesito que me estimen."

Faltaban diez días para la fecha de partida. Las horas se volvían para él una larga angustia. Pero en el fondo de la conciencia, una voz le decía que esta era la única solución.

Otras veces le entraba el deseo de pedirle de rodillas que no se marchara, que le perdonara todo lo dicho; deseo de decirle que nada valen palabras donde impera la fuerza de una profunda atracción. Y

una noche lo hizo, parecía conjurada la amenaza del viaje y se renovaron los juramentos de unión eterna.

Pero volvió la tristeza, la desconfianza y el recelo. Una de las últimas noches estalló otra vez la disputa. Al regresar del trabajo, la encontró haciendo unos hilvanes para acortar una de sus faldas. Empezaba la moda de la falda corta en Nueva York:

"Te estás preparando para ir a lucir allá las piernas."

Ella se volvió como si le hubiera pegado; y riendo con malignidad exclamó:

"Algo más que eso haré, y ya lo verás; me casaré con un gringo."

En un delirio de excitación la amenazó:

"Pues, a mí vez, te juro que si te casas sin avisármelo, sin romper antes, definitivamente tú y yo, insultaré a tu marido para forzarlo a que se bata conmigo."

Friamente volvió a su costura y enigmáticamente dijo:

"Y qué te importa que llegara a casarme; siempre seguiría siendo tuya."

"¿Y tú te figuras que yo te veré a la cara, si te casas, si te vas con otro?"

Desde esa noche no volvieron a hablar. A los dos días Adriana se embarcó. Toda esa mañana se encerró con su trabajo. Creyó que estudiando, leyendo y atendiendo a la rutina diaria, dominaría la agitación que borboteaba por dentro. Dejó el trabajo y se aficionó otra vez a la lectura en todas las secciones de la biblioteca.

x x x x x

Al principio, creyó que le mandaría una tarjeta postal, pero transcurría el mes y no llegaba una línea. Imaginaba la vida que llevaba en Nueva York y la llamaba traidora, a él y al país. Para

ahogar la pena y la rabia, se puso a escribir cartas despreciables, y malignas. Le decía horrores mezclados con evocaciones tiernas. Esos días fueron una tormenta perpetua para él. Le escribió Villareal para decirle que juzgaba oportuno que se acercase a México. Pero Nueva York le tiraba como con cables de acero y decidió ir hacia allá.

Había estado nueve meses en Lima y, de allí, traía no más de doscientos dolares, pero no le importaba. Lo que le preocupaba, lo que lo obsesionaba, por más que quisiera apartarlo de su mente, era el problema de Adriana. Hacía casi tres meses que no sabía nada de ella.

Desde Panamá había escrito a Rigoletto, un amigo de ellos en Nueva York, anunciándole su próxima llegada a la gran ciudad. El licenciado no sospechaba que él estuviera en contacto con Adriana. La respuesta fue lacónica.

"Adriana y yo unidos, te esperamos desembarcadero."

Al llegar, encontró solo a Rigoletto; le dijo que Adriana estaba en su casa esperándole para que los tres pudieran hablar. Con timidez, Rigoletto relató la forma en que los dos empezaron a enamorarse. El, enloquecido por el relato, fue inmediatamente a verla. Eludían comentarios sobre lo que había acontecido y ella, alargando la mano, le enseñó el anillo que le había regalado hacía tanto tiempo:

"Mientras lo use no seré sino tuya."

El deseo de pegarle aumentó. Se puso a temblar y adivinó la escena que vendría después: golpes, ferocidad. Sin saber de donde, sacó la energía necesaria para evitarlo. Dio media vuelta y salió.

El veneno se había inoculado en su cuerpo. Pasaron días de es-

fuerzo por olvidar. Un sábado en la tarde llegó a su casa. Comenzó el rodeo de conversaciones largas, peligrosas, en la que se quiere eludir el tema sombrío. Por fin, ella se disculpó porque no tenía nada que ofrecerle para cenar. Si él quería invitarla, saldrían. La invitó; después le acompañó hasta su casa y al entrar, fue arrastrado de nuevo por la antigua tentación.

x x x x x

Pero, como el día tiene que ceder a la noche, el otoño al invierno y la vida a la muerte, también un día llegó en que se vieron obligados a ver la realidad tal cual. Y al comprender la situación ambigua, en que se hallaban, decidieron que era imprescindible separarse definitivamente. De pronto, una hora especial volvía a darles la apariencia de la dicha permanente; hubieran querido aferrarse a su pasión, pero a poco cedieron, y se apartaron.

La atracción no había concluido, pero él lograba resistir sus impulsos. En los cinco o seis meses que vivieron separados, se habían cruzado algunas cartas. El estaba en su casa en paz. No le había pasado por la cabeza la idea de regresar a Nueva York. Un día llegó una carta, con sobre blanco de lujo, y al abrirla leyó en clara letra impresa: "Fulano de Tal, un nombre yankee, y Adriana X, participan a usted su enlace efectuado tal y cual día en Brooklyn de Nueva York."

Todos los lazos íntimos se rompieron. Los frenéticos sobresaltos tanto tiempo aprisionados en su ser, se agotaron de pronto, y se sintió aliviado. La obsesión psicológica terminó y una emoción mucho más digna que el puro olvido, un aleluya de triunfo, elevó dentro de él un himno victorioso.

"Adriana era la aventura, el milagro, la experiencia
de lo infinito en el encuentro de dos temperamentos."

CAPITULO IV
LA NEGRA ANGUSTIAS

Diestro en el género como cuentista de la vida campestre mexicana, Francisco Rojas González, sin alterar el sabor rústico del estilo o del tema, se arraiga como novelista revolucionario en su ilustre presentación de: "La Negra Angustias," con la cual ganó el Premio Nacional de Literatura en 1944.

Está clasificado como escritor etnográfico y su interés profundo en los problemas objetivos y subjetivos de la vida indígena en México se manifiestan principalmente en sus libros El Diosero y Sed.

Al estallar la Revolución, tenía unos ocho años; su juventud fue rodeada por un ambiente abrumador que dejó huella inolvidable en su alma.

A pesar de no haber tomado parte en la Revolución, expresó la tragedia histórica con pluma hábil.

Al conocer el personaje femenino, real, llamado Remedios Farrera, que empuñaba el 30-30 en la revolución sureña luchando por sus **ideales** de libertad, surgió el deseo de escribir la obra sobre este personaje vivo. Abarcó el ambiente agreste en la Mesa del Aire; llevó a cabo en su personaje, "Angustias Farrera," el estudio psicológico de la mujer que logró hacer una **carrera** militar como coronela.

Datos Biográficos y Bibliográficos

Nació en Guadalajara, Jalisco, el 10 de marzo de 1903: sus primeros estudios los hizo en la Barca hasta 1917. Terminó la carrera de Comercio y Administración; estudió con don Miguel Othón Mendizá-

bel, profesor de Etnología en el Museo Nacional; en 1920 estuvo empleado en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Fue nombrado Canciller en Guatemala y en algunas ciudades de los Estados Unidos hasta 1935; más tarde fue nombrado investigador en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México, puesto que desempeñó hasta su muerte el año de 1951.

Obras Principales

- Cuentos: Historia de un frac, 1930. - Y otros cuentos, 1932. - El Pajareador, 1933. - Sed, 1938. - Cuentos de Ayer y de Hoy, 1946. - Obras ya póstumas, Antología del cuento Americano y El diosero.
- Novelas: La negra angustias, 1944. - Lola Casanova, 1947.

La Campesina

"---Angustias, Angustias a secas se llamaba... Ahora ya es Angustias Farrera ---dijo la vieja---, Angustias porque angustia solo ha sido su vida: su madre, muerta al echarla al mundo; su padre ausente y olvidadizo, y luego mantenida con el pan amargo de una pobre viuda."

Los rayos abrasadores del sol proyectaban imágenes en los pliegues de las montañas, el cielo azulenco tocaba el horizonte con un ósculo flamígero, el viento silbaba su tono agudo al pasar encima de Mesa del Aire; allá lejos se aproximaba una niña, andrajosa, el pelo suelto y desaliñado, descalza; llevando un cántaro sobre los hombros. Así por primera vez, Angustias Farrera vio a su padre, **Antón Farrera.**

"Pero ¿es cierto que es mi hija?"

"---¡Valgame Dios, Antón Farrera! Es cierto, ciertísimo, la madre---que en paz del Señor descanse--- era blanca y fina; de ella sacó Angustias las facciones y de usted los ademanes, la resolución y lo prietillo."

Inocente, arisca y retraída, la niña había sido criada por la señora Crescencia, la desaojadera de Mesa del Aire. Pasaba su infancia rústicamente en descampado haciendo las faenas cotidianas. A pesar de su incultura, la niña atinaba a crear un mundo imaginario en su mente restringida, gozando las creaciones naturales que la rodeaban.

De pronto tuvo que resignarse a aceptar a este hombre como su padre; se sentía sola, perdida; no podía aceptar la idea que iba a dejar todo lo conocido; su mundo seguro, la atmósfera amena, y, sobre todo, la mujer que para ella había sido una madre.

Angustias con un carácter más o menos formado por las cualidades hereditarias de su padre y la educación de la anciana, se entregó al autor de sus días, que tenía un pasado hecho a su gusto...

"Antón Farrera el mulato
era un ladrón justiciero:
jamás robaba a los pobres,
antes les daba dinero..."

El padre fue un hombre bribón y cerril, había llegado a ser una leyenda entre la gente de la comarca. Casi romántico por su aire gallardo y bizarro, se había desarrollado entre el hurto y la travesura, viniendo a poner coto a sus acciones una larga estancia en la penitenciaría del Estado. Ahora, consumido y anciano, no tenía más ambición que la de radicarse en su pueblo, con su hija recién hallada, para esperar la oscuridad eterna.

x x x x x

El principio fue difícil para los dos pero, con el tiempo, la barrera helada se derretiría en una relación de entendimiento. Desde el alba hasta el anochecer, Antón Farrera se quedaba en la choza marcando las horas con la astilla que caía de los pedazos de madera que tajaba. De vez en cuando, se sentía agitado al pensar en sus cabriolas, pero la presencia de su hija lo desacongojaba; no quería siquiera renovar las amistades viejas y vivía una vida de ermitaño.

En cambio, Angustias se encontró otra vez en el campo raso, llevando más o menos la misma vida que antes, con la diferencia de que ahora tenía unas sesenta cabras que cuidar, con algunas de las cuales se entendía como amiga. La seguían todo el día y les daba de comer en sus manos. Era feliz y despreocupada en ese su muy conocido ambiente de la naturaleza. Cuando se sentía cansada, se echaba a la sombra de un árbol para fantasear.

La estación caliente iba disminuyendo, y daba lugar a los días nublados, llenos de agua; las gotas lluviosas acariciaban y saturaban la tierra renovando la vida. Además de la vitalidad que daban las lluvias, era el tiempo de reproducción de las cabras, cuyas bramas afectaron a Angustias a tal grado que le hacían sentir vergüenza, asco y pavor. Por primera vez en su vida había sido testigo de estas acciones. Su inhabilidad no le dejaba entender que, entre los animales, estas eran reacciones instintivas y normales; pero al contemplarlas, le parecía que tomaban características monstruosas. Sufría con aquel espectáculo una pena casi insoportable y daba a las cabras coces brutales y golpes crueles para que no se juntaran.

Mayor decepción tuvo cuando su cabra consentida, "la amarilla," fue a buscar a uno de los chivos para excitarlo. La reacción de Angustias no fue otra que apartar de sí a la coquetuela. Sin embargo, el día que la notó dolorida y triste le prestó ayuda sin éxito porque murió horas después de dar a luz dos cabritas. Eso provocó en ella la idea de que el sexo opuesto significaba sufrimiento, agonía y, a veces, muerte.

En su concepto no había gran diferencia entre el hombre y el macho, y cierto día que un boyero llamado Laureano, quiso abusar de ella, su idea se afirmó. El ataque fue brutal pero Angustias logró escapar por la fuerza. Al llegar a su casa, asustada y jadeante, se disculpó con su padre aduciendo que un coyote la había espantado.

Sin explicar el caso, su padre lo entendió y la muchacha, sintiéndose amparada por él, se calmó. Laureano, al ver que la chica no era presa fácil, se empeñó en conseguirla y persistió en la persecución de su víctima, hasta que el viejo tomó el caso en sus

manos y de momento lo ahuyentó.

"---¡Que su buena suerte no le deje volver,
porque de su pellejo me haré un par de
botas fuertes!"

Los dos rieron a carcajadas y no se volvió a mencionar al coyote.

x x x x x

El tiempo pasó. Angustias tenía el aspecto de una señorita, que los hombres veían pasar por el camino con su olla de agua. Un día, llegó a la choza Eutimio Reyes, el más rico ganadero de Mesa del Aire y viejo amigo. Al abrir la puerta, Antón supo inmediatamente el significado de la visita, porque llevaba un garrafón de mezcal, una bolsa de maíz y dos gallinas: esta era la costumbre para pedir la mano de la hija.

Mientras que él proponía la boda, el mulato continuaba tajando sin atenderlo. Angustias se afanaba en sus quehaceres, y sabiéndose querida por el viejo ni por un instante tuvo miedo de pensar que su padre accediera, siendo ésta la primera vez. Para ella, Rito Reyes era uno de tantos machos y el macho era la cosa más repugnante que había. Como siguiera la conversación, Eutimio advirtió que esta vez no era para llegar a una decisión y se despidió. Al salir, vio a un concurso de gente curiosa que esperaba, para ver el resultado de la misión. Cuando la respuesta era negativa la costumbre era repartir el maíz entre las mujeres, el garrafón de mezcal entre los hombres, desatar las patas de las gallinas y arrojarlas hacia la montaña. Salir con las manos vacías significaba que la petición habrá sido aceptada. Si la respuesta era una negativa rotunda, había que matar las gallinas, regar el maíz y quebrar el garrafón.

Antón llamó a Angustias, le hizo ver que era muy viejo y que ella tenía una oportunidad buena para casarse, pero la muchacha no quería oír nada; con gritos y sollozos le dijo:

"--¡Yo no quiero para nada a los machos!"

Una segunda visita confirmó la negativa absoluta con el ritual de los regalos. La gente afuera empezó a difundir mil infamias, hablaban de relaciones pecaminosas entre el padre y la hija, o de aficiones irregulares entre la muchacha y sus amigas, porque Angustias había rechazado al hijo de Eutimio Reyes, el mejor candidato del pueblo. Y una vez encendida la flama de las murmuraciones, se esparcían a gran velocidad los cuentos que eran manjar de las lenguas viperinas.

Este suceso acarreó a la joven muchos sinsabores. Se le trataba como a una poseída y se le acosaba en todas partes. De tal manera se le hostigaba que un día, enloquecida, se encontró ante el jacal de la Señora Crescencia. La bruja, deseosa de purificarla, la introdujo en su casa y con ayuda de otras dos muchachas y proveyéndose de lo que exigía el rito, invocó al espíritu malo de Angustias y procedió a "las limpias."

Una vez limpia y envuelta en un mantón salió la chica acompañada por las dos ayudantes cabizbajas, y la gente que esperaba afuera se les unió en un desfile sombrío:

"--Allá va, sin mancha como recién nacida--"

Llegó la indiferencia de la gente y de nuevo Angustias feliz, pudo gozar los breves días de su "limpia."

Ahora iba y venía libremente; lavando la ropa y sintiéndose una nueva persona. Se mezclaba con la gente sencilla, alegre y noble,

cerca del mar. Y un día, yendo rumbo a su casa reapareció Laureano mucho más fiero y, sin ambages, le expresó sus inmundos deseos. Ella, sintiendo el corazón en la garganta, lo contemplaba sin decirle nada cuando, de repente, se perfiló la figura de Miguel el aguador y aquella escena pavorosa quedó suspendida.

Al llegar al jacal no dijo nada a su padre, pero a la noche siguiente, después de hacer la cena, notó que el agua faltaba y sabiendo que tenía que ir por ella, se agitó al pensar en el suceso de la víspera. Entonces dijo resuelta a su padre que había vuelto a ver al coyote:

"--Tengo miedo de ir sola al agua--."

El la vio un rato, sin decirle nada, pero le prestó su cuchillo predilecto para protegerse.

Al salir de la casa, cuesta abajo, por la vereda al pozo del agua, distinguió entre las sombras, la silueta de Laureano. En sus adentros se sentía tranquila por el arma que llevaba. El estaba recargado contra un peñón con una expresión de burla y desprecio. Angustias tuvo que pasar muy cerca de él porque la senda era estrecha; sentía temor pero fingió un aire indiferente.

"--¡Ahora no te escapas!"

No había un alma visible, él se lanzó sobre ella; la echó en la tierra breñosa; de un lado había un hondo precipicio y del otro el campo espeso con arbustos espinosos. Un sentimiento de hastío y rencor hacia el atacante se apoderó de la joven; empuñó el cuchillo y lo hundió en el cuerpo del hombre. El cadáver se desplomó en el fondo del precipicio.

Enloquecida, corrió sin saber a donde, sólo con un pensamiento:

alejarse de la escena sangrienta. Su ropa se rasgó en la lucha; estaba teñida de la sangre del muerto, buscó agua para apagar la sed y el sabor de la sangre. Al encontrarla, bebió grandes tragos; después se hundió en el agua para lavarse. Al salir de allí, perdió el rumbo, no sabía en donde estaba; el cansancio venció al miedo y cayó en las hojas húmedas, exhausta.

Soñó con el ataque feroz de un macho cabrío, revolviéndose, combatiendo, tratando de huir del animal; la voz de la señora *Crescencia* repetía en sus oídos:

"--Quien busca jalla--." "¡Tú tienes
que buscar porque estas mocha--!"

Los sueños la atormentaron hasta el alba. Y el despertar vino acompañado de voces de hombres. Ella, pasmada y asustada, los vio y aguardó. Después de todo lo que había sufrido nada esperaba ahora. Notó que llevaban armas en sus pechos, en forma de cruz, cananas llenas de parque y, en las cinturas, pistolas enfundadas.

Cada uno le preguntaba algo: su nombre, por qué estaba allí. La veían muy prieta para considerarla una Blanca Nieves. Finalmente, contestó a uno que preguntaba insistentemente. No los convenció y la vieron con ojos desconfiados. Uno, llamado Modesto, que había descubierto a la muchacha, exigió el derecho de reservarla para él, pero al debatir la cuestión con los demás y, especialmente con el que llamaban Güitlacoche, decidieron no hacer nada con la mulata porque su jefe, Efrén el Picado, de El Rondeño, al enterarse de que habían escondido a una mujer, perjudicaría a todos. Güitlacoche, en el fondo, ya tenía cariño hacia Angustias y trataba de hacerle más cómodo el viaje hasta el rancho. La cubrió con un sarape, pues estaba casi desnuda.

En el camino, se pararon a almorzar. Modesto ordenó a Angustias que buscara leña seca para la fogata, y mientras buscaba, Gúitlacoche la seguía como una sombra. Mientras tomaban el almuerzo, los hombres pensaban en lo que haría doña Chole, concubina de Efrén, al ver a la muchacha. Angustias comía con un apetito voraz, sin oír la conversación. El único que no hablaba era el Gúitlacoche, que seguía cada movimiento de la muchacha con los ojos embelesados. Terminaron de comer y continuaron la marcha hacia su destino. Angustias montaba el mismo caballo que Gúitlacoche. Llegaron al umbral del valle, desmontaron y Modesto se adelantó para informar al jefe sobre lo que traían con ellos.

Desde el encuentro hasta ahora, la muchacha había cambiado su actitud frente a la situación: escuchaba con un aire de indiferencia, no hablaba. Los viejos golpes recibidos habían hecho en ella efectos profundos. Seguía su derrotero más osada y descuidadamente, había llegado al extremo de matar para salvarse. Qué remedio. Ahora no podía retroceder.

El Gúitlacoche persistió en su bondad con Angustias, y le dijo que podía contar con él si lo necesitaba. Ella, entre dientes, lo agradeció. Llegó Modesto con el jefe. Este se detuvo largo rato, mirándola como un buitre que va a descarnar su presa, muy contento de la prenda. Dio orden de que la llevaran a doña Chole, que la recibió muy disgustada, y se dirigió a ella con una voz áspera, y maliciosa, que revelaba extremo fastidio y costumbre de cumplir los caprichos del jefe.

La puso a trabajar mientras preparaba la mesa para la comida. Comenzaron con el aperitivo, que llevó bastante tiempo, y culminó en

escenas de embriaguez que provocaron la furia de doña Chole, la repugnancia de Angustias y la maduración de los planes de Güitlacoche. Con su modo respetuoso, convenció al jefe de que era mejor traer más vino; así saliendo un rato, refrescaría su mente para continuar la fiesta. Una vez afuera, propuso el final del proyecto. Tomando en cuenta los celos de doña Chole y que la mulata no quería tener nada que ver con el jefe, y para que la cosa quedara en paz, ofreció llevar a Angustias a su casa, y quedarse allá para servirla en lo que ordenara. Las mujeres quedaron contentas, pero no los hombres. Al oscurecer, cuando Modesto y don Efrén ya estaban ebrios, escaparon Angustias y el Güitlacoche.

x x x x x

Viajaron toda la noche sin parar. El día amaneció en todo su esplendor. Su compañero rompió el silencio y dijo que no faltaría mucho para llegar a "Real de Animas." Este lugar despertó en su recuerdo los cuentos sobre su padre: por el pillaje, los secuestros de mujeres, en fin, todo lo que le hacía sentirse ahora envalentonada. Esas travesuras habían sido dirigidas por nadie más que por Antón Farrera, su padre. Parecía una estatua ecuestre, soberbia en el dominio que en este momento le daba la noción de su herencia. Ahora era el tiempo de gozar el hecho de ser la hija de un hombre legendario; no sentía vergüenza sino orgullo, su nombre imponía respeto y ella quería lo mismo.

El pobre enamorado trató de proponer matrimonio a Angustias, que, en lugar de una contestación, empezó a dar órdenes. El macho manso la obedeció. Al llegar al pueblo se sentía más arrogante, dando órdenes al compañero, así como a un viejo, dueño de una humilde

casa de huéspedes.

Mientras esperaba afuera el regreso del compañero, varios arrieros llegaron, y se sentaron no muy lejos de donde ella estaba, recargada contra un pilar. Oyó entonces, atentamente esta conversación:

"--¡Es la revolución, compadre don Melitón!--

"--Sí, es la revolución de los pobres. La más sangrienta y la más cruel.."

Discutían los detalles de una rebelión de gente pobre, que seguía fielmente a un caudillo: Emiliano Zapata, que luchaba en el sur por la causa de los de abajo. En el ánimo de Angustias aumentó el alboroto al oír las hazañas heroicas de esta gente. Pensaba que su padre había hecho lo mismo en la única forma posible, la fuerza. Orgullosa de su herencia, pero con su mentalidad primitiva, no distinguió la gran diferencia entre la razón que movió a su padre y la razón que ahora incitaba a estos hombres. Su mente sólo captaba: "el grito para la justicia de los pobres" que se llamaba "la revolución."

Acabó por revelar al viejo quien era:

"--¡El negro Farrera, Antón Farrera!
Sí son sus mismos ojos, su mismo gesto.."

Y así corrió el rumor en el pueblo que allí estaba la hija de Antón Farrera, el mulato. Todos corrieron a verla; ella, altiva, se quedó muy segura de sí misma, y muy contenta de haber hallado lo que hasta entonces le faltaba, su individualidad, ser algo que reforzara su herencia. La gritería amontonó alabanzas sobre Angustias; luego tomó la palabra:

"--El que me siga tendrá manos libres; por eso todos los que jalen sabrán pronto los beneficios de la revolución. Hay que quitarles a los ricos todo lo que se han robado y devolverlo al pueblo

hambriente y encuerado."

Sin perder tiempo tomó el grado de "Coronela," dando órdenes a todos. "El Capitán" Guitlacoche ponía en ejecución lo que su coronela mandaba. Había resuelto que los arrieros repartieran su carga entre la gente del pueblo, que se quemara el juzgado, y que se llevara prisionero a Modesto, que los había perseguido hasta Real de Animas.

A poco de caminar con su tropa se encontró cara a cara con la acordada de El Rondeño. La jefa dio el grito de fuego y los hombres dispararon. Poco después vino la rendición incondicional, entregando a la coronela armas y vencidos, con su presa más importante, Efrén el Picado. Ahora la situación había cambiado y era ella quien mandaba. Llamó a su capitán para que llevara a cabo la sentencia del delincuente, que nunca había hecho otra cosa que satisfacer su apetito con las mujeres. Más que eso, la coronela estaba por primera vez en la posición de tomar venganza de las penalidades, y el odio que la habían envenenado. Cumplida la sentencia, lo llevó la Acordada a su casa en unas angarillas improvisadas con ramas. Y contenta, al contemplar el estado en que el reo había quedado, les dijo:

"Llévaselo a doña Chole y dile de mi parte que se lo he dejado de manera que ya ninguna mujer va a querer quitárselo; ¡que ella lo quiera tal como está, sólo así son menos malos los machos!"

Al caer la noche los guerrilleros cantaban a veces canciones tristes y su hablar bullicioso molestaba a la jefa, pero pronto caían rendidos, vencidos por el cansancio. Sola con sus pensamientos reflexionaba en la empresa, ¿porqué tenía que seguir adelante? Su padre, ¿qué estaría pensando? ¿Pasaría desesperado por la habitación?

¿Se habría preocupado al verla regresar? No, seguramente le haría falta el cuchillo que estaba bien enterrado en el pecho del boyero.

Todo cruzaba por su mente: las cabras, la transformación de don Efrén en una de ellas; doña Chole encarnaba en la cabra amarilla. Finalmente la evocación se perdía en el amanecer.

x x x x x

Las semanas volaban y el día que entraron en Tepaltzingo, los hombres habían progresado en el arte de la guerra. Peleaban, ganaban y robaban. El Guitlacoche tomó para sí un traje de charro, de gamuza de venado con cachirulos de cabritilla blanca y botones de plata, un par de zapatos de vaqueta y un gran sombrero de pelo con enormes alas arriscadas y alta copa. Muy satisfecho, iba en búsqueda de ropa digna de su coronela. Encontró un vestido lujoso, pero a ella le interesó más el traje del capitán que la ropa femenina. Le ordenó que se lo quitara para que pudiera ponérselo. Enfundada en aquel traje, la mulata estaba más en su papel de coronela. Tomó su puesto en la casa municipal donde trabajaba con el consejo del aviado Concho, dando audiencia a la gente que quisiera verla. Prometía medidas para remediar la situación de la gente del pueblo.

Uno de esos días entró una bella mujer que quería hablar con ella, de mujer a mujer, a solas. La mujer le pidió que dejara libre a su novio, que iba a ser fusilado a la mañana siguiente. La negativa de la coronela hizo que, sin ningún otro remedio, la mujer revelara que estaba esperando un niño hacia tres meses. En este momento brotó la ira de Angustias:

"¡Otra cabrita Amarilla!"

Su furia aumentaba a medida que aquella mujer le relataba sus

problemas. La jefa pensaba que aquello no era amor sino relaciones inmundas entre machos y hembras. La coronela pensó que ella necesitaba un castigo. La desnudó, la ató y ordenó a su capitán que la fustigara hasta que ella diera la señal de parar. Cumplida la sentencia puso a ambos en libertad pensando:

"--Quedó sin mancha, como recién nacida."

"Limpia como la Toca de la Verónica y el manto de María--!"

Coronela, en traje varonil, Angustias había llegado a ser una dictadora de las más crueles. Si nunca había tenido oportunidad de sentirse femenina, ahora menos. Su palabra era ley.

Medio año después Angustias se reunió con otros caudillos. Más de cinco mil revolucionarios se dieron cita en Cuautla, el pueblo recién capturado, para festejar el triunfo. Sentados en una mesa, en un salón tumultoso, el traje de la coronela armonizaba con el de los demás caciques. Su comportamiento y su modo de hablar no permitían distinguirla de un guerrillero del sexo opuesto. Fumaba un enorme puro y bebía al parejo de los hombres; había engordado, su cara se llenaba de carne superflua. Estaba cambiada en todo: voz, gesto, y era mucho más hosca. El papel de marimacho le sentaba bien. Llevaba un traje de charro de paño negro con alamares y botonadura de plata; de buen corte, hecho a su medida. Se mantenía firme en su grado de coronela y sus hombres no obedecían más que lo que a ella le salía de la boca.

Angustias Farrera había logrado más de lo que le había prestado su herencia; no había que huir después de cada asalto; al contrario estos le daban a ganar más fama. Su ambiciones la hundían en un vértigo vicioso. Se dejaba llevar por una corriente saturada de odio y

venganza; no quedaba en ella un solo vestigio de su verdadera naturaleza. Su nueva personalidad llegó al extremo; era como un disfraz, aparentemente perfecto, que al mismo tiempo podía derrumbarse de un momento a otro.

x x x x x

Recién recibido en México, el profesor Manuel de la Reguera y Pérez Cacho llegó a su casa en Cuernavaca, después de diez años. Su madre estaba orgullosa y contenta de ver a su hijo preparado para ganarse la vida; sobre todo porque en aquel entonces se guardaba luto por la reciente muerte de su padre.

En la ciudad de México, Manuel radicaba con sus tíos, chapados a la antigua, que influyeron en su formación, dictándole la manera más discreta de vivir y formando a su alrededor un ambiente casi idóneo para un hombre. En esa atmósfera cerrada, no había tenido nunca la oportunidad de pensar por sí mismo. Todos se sometían lealmente a esa rutina monótona. La tía lo acompañaba a la escuela; el tío le prohibía tener amistades de todo género; le obligaron a llevar traje de "dos vistas", como la gente seria. Lo tenían tan tiranizado que, cuando terminó la escuela, su tío le preguntó: ¿qué vas a hacer ahora? El, pusilámne, no sabía qué contestar. Con la educación adquirida, se encontró a la vez torpe y desorientado. Tenía un miedo verdaderamente lastimoso, y un ánimo demasiado vacilante para lanzarse al mundo.

De nuevo, en su casa no hacía otra cosa que leer novelitas, sin preocuparse de aprovechar su título. El peso de su situación recaía en su madre:

"--Y ahora, madre, ¿qué vamos a hacer los dos solitos?"

Mientras tanto la coronela llegaba allí con sus hombres. La gente de la montaña emigraba a la Capital por el peligro de los ataques, para hospedarse en el primer refugio que encontraba. Volaban rumores de que el gobierno ordenaría la entrega de las armas. Las paredes estaban llenas de manifiestos del General Huerta exigiendo a los rebeldes su rendición a cambio de auxilio de todo género. Como Angustias y su capitán no sabían leer no pudieron entender lo escrito y entonces, ella decidió aprender a leer.

"--¡Hay que saber para saber!--"

El Guitlacoche no tenía interés en aprender, pero Angustias insistía con enorme afán en el asunto:

"--Mira, capitán, p'mañana quero que me tengas arreglado un maistro que me enseñe a ler..."

El capitán cumplió los deseos de Angustias, como lo hacía invariablemente. Al día siguiente se presentaron Manuel de la Reguera y Pérez Cacho y su mamá. Esperaron unos minutos a la coronela. El joven, indeciso, temblaba; sus ojos reflejaban un miedo cervical; parecía que de un momento a otro iba a echarse en los brazos de su madre para sosegar sus temores. Al llegar Angustias, no podía abrir la boca y, como siempre, su madre salvó la situación comenzando a explicar todos los estudios que había hecho. Después de aclarar el asunto, quedaron de acuerdo en que Manuel iría diariamente al cuartel a dar tres horas de clase.

La mulata se dedicó al estudio atentamente; pasaron los días y empezó a aprender los rudimentos de la escritura. Ambos se ocuparon denodadamente en el aprendizaje. Angustias tartamudeaba infatigablemente, mientras Manuel procuraba charlar con ella. La coro-

nela, no había conocido hombres como él, y lo animaba a hablar. La falta de armonía entre dos caracteres tan opuestos produjo el primer problema. Una reprimenda que el profesor dirigió a Angustias provocó el temperamento irascible de la mujer. El apocado novato salió corriendo.

Al día siguiente no apareció en el cuartel. Ella esperó largamente paseando agitadamente por el alojamiento. Perdió por fin la paciencia, arrojó el libro y mandó traer al profesor por la fuerza.

x x x x x

Uno de aquellos días llegó el maestro como de costumbre; pero al entrar en el cuartel se quedó sorprendido del cambio. Antes todo estaba sucio y desarreglado; ahora, barrido y limpio. Había además, una jarra de flores en la mesa. La coronela estudiaba empeñosamente mientras su capitán permanecía callado y taciturno. Manuel se acercó a la mesita y se sentó. De repente, un grito de dolor llenó el cuartel. El capitán había puesto un cacto espinoso en el asiento del maestro. Angustias en otra ocasión hubiera reído de la broma, pero el incidente surgía cuando intentaba crear un ambiente de cordialidad. Ella había arreglado personalmente el cuarto y buscado flores para adornarlo. Perdió el control y se lanzó contra el capitán empuñando un sable y pegándole con mano airada. Por primera vez los ojos del Guítlacoche reflejaron rebeldía hacia su jefa, pero no pudo hacer nada.

Ella regresó a su asiento, abrió el libro y el maestro, sin comentarios, le ordenó que leyera:

"Es mi bandera querida
verde, blanca y colorada:
verde la esperanza amada,
blanca la inocente vida,

colorada enrojecida
es la llama del amor..."

La lucha sangrienta continuaba en las afueras de Cuernavaca. Entre estos cuadros angustiosos se destacaba otro que parecía no tener contacto con la realidad: "his-to-ria", decía una voz. "Muy bien, ahora usted solita.." Alumna y maestro se sentían embelesados, en un mundo aparte.

Angustias iba cambiando; esperaba con ansias que viniese el maestro, y al sentir su proximidad, cuando le dirigía la mano para ayudarla en sus primeros ejercicios de escritura, parecía como si su corazón fuera a estallar. Era ya más tímida y dócil. Solía compartir sus satisfacciones y triunfos con Concho y su capitán; pero esta vez, cuando había conseguido hacer por sí misma sus primeros trazos, anhelaba estar sola. A la siguiente mañana se levantó muy temprano para buscar un torrente de agua, donde se hundi6 para bañarse. Salió como del bautizo y se puso polvos de arroz y agua florida. Se quitó el sombrero por primera vez, dejando brillar su pelo negro adornado con listones en las trenzas. Esta decisión fue inexplicable para ella. Sin percatarse y contra sus convicciones, sus ademanes bruscos y su gesto severo y atufado daban paso a un toque de ternura en el que se comenzaba a vislumbrar su femineidad tanto tiempo dormida.

Cuando Angustias supo que la madre del maestro había muerto la noche anterior, sintió una profunda tristeza. Lo fue a acompañar y, al verlo sollozar, el instinto natural de la mulata fue consolarlo hasta atreverse a acariciar su pelo rubio y tenerlo cerca de su pecho. Levantó la cabeza y le miró con sus ojos verdes llenos de miedo y congoja;

"--Miserable de mí.. ¿Qué suerte se me espera? Solo en la vida, sin nadie que vea por mí. ¡Solo! ¡Solo!"

Llegó el día en que Manuel dijo a Angustias que las clases habían terminado. Ella, sentada en la mesa, más femenina que nunca, con blusa y falda, escuchaba al maestro que, triste e inseguro, le exponía su futuro incierto, sobre todo ahora que iba a faltarle el ingreso económico de las clases.

"---Yo he ofrecido a usted..."

Interrumpiéndola se limitó a explicarle claramente que era del todo imposible que se casaran debido a la posición social de ambos, además de que sería un riesgo y un absurdo unirse a ella con la fama y grado que la joven tenía. Al escucharlo, las fuerzas de Angustias desmayaron; quedó sumida en un mar de confusión y renunció a contestarle. Aquel mundo de ilusiones concebido por ella se derrumbó aguijoneando su corazón hasta hacerla romper en un llanto conmovedor.

Sin ser visto, el maestro se alejó de la escena. Al darse cuenta de que él se había ido, salió caminando sin saber a donde. La calle estaba sumergida en una quietud mortal. No vio a nadie, ni siquiera a sus hombres. Con el semblante desencajado, sus pasos la condujeron hacia la plaza. Al acercarse, la gritaría y las escenas enloquecedoras de la gente en fuga, la despertaron a la realidad. La noticia de que los federales estaban por llegar produjo el pánico.

Encontró a uno de sus hombres, y éste le dijo que como ella no servía para nada, habían nombrado a Concho como su jefe. Quedó estupefacta en el momento que El Güitlacoche, acompañado por una mujer, pasaba por allí despidiéndose de su coronela. Uno por uno iban dejándola sola.

Encontró un banco en el parque; échose allí rendida. Las escenas que habían pasado ante sus ojos giraban ahora en su cerebro. Pasó por último uno de sus guerrilleros rogándole que se fuera antes de la llegada de los federales. Ella no se movió; no había nadie que pudiese hacerla huir. Tomó una decisión repentina: se fue al cuartel, vistió sus ropas anteriores y se puso a tomar aguardiente.

Al madrugar se encontró en el portón de Manuel, un puro en la boca, su sombrero caído hasta las cejas y todavía bajo los efectos del mezcal. Ordenó que abrieran la puerta; con todo y caballo entró a buscar a Manuel. Le mandó que subiera a la silla. Miedoso y temblando, él no sabía que hacer.

"---¡Sube o te mato!"

La reacción del maestro fue inmediata: subió y se fueron. Las horas pasaron mudas y largas. El no podía creer en esta aventura fantástica; parecía una pesadilla. Al preguntar a Angustias qué intenciones tenía al llevarlo, ella le dijo que era un acto de amistad porque, siendo él como era, no podría enfrentarse a una situación como la que se crearía al llegar los federales. Por primera vez le explicó sus sentimientos hacia los hombres con estas palabras:

"Es necesario que sepas que yo siento un asco terrible por los hombres; que los detesto y los odio por crueles y ordinarios, pero que me siento cabal para ser amigo de algunos y de soportarlos cerca de mí; no para que me empujen, sino de esos que sepan enseñarme algo de lo mucho que tu sabes de letras y de geografía..."

Finalizó su discurso hablando de la empresa como de un acto de caridad. Una vez sentados los precedentes, él inquirió sobre la ruta que llevaban. Angustias le dijo que se dirigían hacia Mesa del Aire, porque tenía ganas de ver "al viejo", y una vez allí decidiría

su futuro.

x x x x x

Encontró el pueblo poco cambiado. La única diferencia era que había desaparecido el jacal de Antón Farrera. Un vecino le dijo que, dos o tres días después de su abandono, el viejo había fallecido y él se había aprovechado del terreno. La gente miraba a la extraña pareja; nadie se atrevía a comentar nada porque además de las cananas que portaba, mucho se había hablado de las hazañas de ella en Mesa del Aire. Ni siquiera el juez, que aún conservaba la orden de aprehensión por la muerte del boyero, se atrevía a tocarla, es más, la trataba con sumo respeto.

Ansiaba ver a la doña Crescencia y allá se dirigió. Manuel la seguía, por la vereda tan conocida por ella. Al ver a la vieja, una sonrisa amable se dibujó en sus labios. Se fundieron en un abrazo. Sin un gesto de sorpresa al ver a Manuel, la desaojadera empezó a hablar misteriosamente agregando que en su pueblo encontraría lo que le faltaba para hacerse una mujer completa, "¡Quien busca, jalla!" Los dos escuchaban con atención ese discurso incomprensible. Al terminar, entró en la casa y desapareció en el humo negro que salía de la choza.

Volvieron por el mismo camino, mientras Angustias trataba de descifrar las extrañas palabras de la hechicera. Algo le hacía sentirse tonta. Se paró en el campo fijándose bien en el maestro y sin rodeos le tomó del brazo:

"---Allá, en las breñas..."

Al anochecer cesó la busca para la Negra Angustias. Se efectuó un cambio brusco para los dos novicios.

La noche se abandonaba dando origen al rosicler que abrió el cielo oscuro bañando la tierra. Manuel entreabrió los ojos en la atmósfera despejada, hipnotizado y embotado por las pasiones carnales de la noche anterior. Al verse solo, se despabiló y se dio cuenta de su situación: estaba ligado a una campesina ignorante, mundana y fiera.

¿Quedarse en Mesa del Aire? Imposible. ¿Irse a México? Inconcebible. A poco encontró la solución del embrollo. Recordó los anuncios colocados en los muros allá en Cuernavaca, donde el gobierno prometía indulto y ayuda para rehacer sus vidas a los revolucionarios si aceptaban las condiciones de armisticio. Con la amnistía para la coronela, conseguiría una buena posición en el gobierno, dados su talento y estudios. Sí, ¡se iría a México! Se sintió muy perspicaz y astuto por su decisión. Rió desahogadamente. Se sentía orgullo-sísimo de haber encontrado la solución para la seguridad de toda la vida. Se convirtió en un hombre arrogante, capaz de gobernar sus pensamientos y ademanes. Bajo las circunstancias prevaletientes gozaría de su suerte en vez de huir. Presumido y autoritario, decidió que era más conveniente casarse con Angustias. El azar le brindó una ocasión que nunca hubiera imaginado merecer.

En cambio, Angustias, ahora que era su mujer y habiendo hallado lo que le faltaba, se sometió a él; le obedeció en todo lo que ordenaba; no pensaba más con su mente, y respondía con su corazón lleno de amor, sin discutir.

Cuando supo que Manuel iba a casarse con ella, no podía tenerse en pie. Le besó las manos ardorosamente, sin darse cuenta de nada. Todo brotó espontáneamente de su corazón, nunca en su vida había co-

nocido una felicidad mayor.

En la ceremonia de matrimonio Manuel exigió que apareciera el título de coronela frente al nombre de Angustias. Luego le ordenó que se pudiese el traje que correspondía a su título. Ella no replicó. Al contrario, cumplió alegremente y al pie de la letra lo que le mandaba. Su amor la cegaba al grado de que ni siquiera se percató de su propio cambio radical.

Manuel estaba dispuesto a llevar a cabo sus propósitos. Mientras iba a México, Angustias se quedó con la señora Crescencia por un mes. Al verlo de nuevo, la mulata quedó más que orgullosa; no era el Manuel que temía a todo, no, era un hombre con su rostro bronceado, voz profunda y gesto imperativo, que, como le prometió, había regresado por ella.

Salieron los dos para México, hacia el brillante futuro de Manuel. Allí la dejó en un hotel de tercera clase mientras buscaba ropa adecuada con la que ella pudiera salir, porque su embarazo no le permitía entrar ya en los pantalones. Regresó muy aseado y hasta con un aire picaresco; le traía un vestido lujoso.

La vida bullicosa de la gran ciudad la confundía, no podía comprender como ganaban la vida corriendo de aquí para allá. Llegaron a la oficina de la Secretaría de Guerra. Frente al jefe, escucharon un discurso que Angustias apenas entendió. No le interesaba otra cosa que una buena situación para su marido. El empleo concedido a Angustias pasó a Manuel, por ser su esposo. El resultado dejó a todos contentos: la coronela entregó a su esposo un puesto seguro en el gobierno, el jefe comprobó que la revolución había triunfado y la Negra Angustias se sintió feliz de haber podido ayudar a Manuel.

Para asegurar su posición tenía que llevarla una vez por semana a las oficinas de gobierno. Consiguió para ella una pequeña casa en un barrio pobre de la gran ciudad. Ella la limpiaba alegremente y la aseaba, escuchando a ratos el llanto de un niño de ojos verdes y tez morena.

CAPITULO V
CAMPAMENTO Y TROPA VIEJA

El tipo de mujer que voy a tratar en este capítulo será el de la soldadera. Dado que ninguno de los dos autores que aquí comento han dramatizado un personaje en particular sino varios representativos de esta clase de mujer en general, trataré dichas novelas juntas.

Campamento

Gregorio López y Fuentes fue por profesión maestro de literatura en la Escuela Normal de la ciudad de México. Eso lo habilitó para revelar su vocación literaria, en la que dió sus primeros pasos con la poesía. Luego se dedicó a la novela. Se mostró, además, diestro en el periodismo y eso le ayudó también en el éxito de su labor literaria.

Esta novela es una de las muchas que le dieron fama. Recoge en pequeños cuadros una serie de acontecimientos distintos, pero ligados por la temática y la violencia de la Revolución. Los cuadros aparecen como en un vigoroso mural de Orozco. Todo transcurre en una sola noche, durante el reposo de un ejército en campaña, en el que se reúnen pequeños núcleos de soldados que expresan sus aspiraciones, discuten los resultados de las batallas o se jactan de alguna aventura. Son cuadros llenos de visiones dramáticas y trágicas realidades.

Por sus experiencias en las filas revolucionarias, y su capacidad de observación, nuestro autor expone en un estilo vivaz y llano la dura vida de estos campesinos.

Datos Biográficos y Bibliográficos

Nació el 17 de noviembre de 1897 en la rancharía El Mamey, cerca de Zontecomatlán, Estado de Veracruz, donde hizo sus primeros estudios que concluyó en Chicontepec. Más tarde se trasladó a la ciudad de México para seguir la carrera de maestro en la Escuela Normal para Maestros. Publicó en colaboración de sus amigos Rodrigo Torres Hernández y Francisco González Guerrero, la revista literaria Nosotros. Fue profesor de literatura en la Escuela Normal para Maestros, redactor del diario vespertino El Gráfico, director del mismo en 1937, y director de El Universal de 1948 a 1956. Desde 1931 se dedicó a la novela.

Obras Principales

Poesía: La siringa de cristal, 1914. - Claros de selva, 1922.

Novela: El vagabundo, 1922. - El alma del poblacho, 1924. - Cam-
pamento, 1931. - Tierra, 1932. - ¡Mi general!, 1934. - El
indio, 1935. - Arrieros, 1937. - Huasteca, 1939. - Cuentos
campesinos de México, 1940. - Acomodaticio: novela de un
político de convicciones, 1943. - Los peregrinos inmóviles,
1944. - Entresuelo, 1948.

Tropa Vieja

Aunque no siguió una carrera formal de estudios, Francisco L. Urquiza disfruta del don natural de escribir obras narrativas que reflejan la vida militar mexicana, con base en sus propias experiencias.

Empezó su carrera militar al estallar la Revolución. Se une al movimiento maderista hasta lograr el grado de general de brigada y ocupar posiciones importantes durante el período de Venustiano Carranza.

Como testigo directo, fue fácil para él relatar en esta obra la dura vida del cuartel. Presenta escenas de los tiempos de Madero desde el campo de las tropas federales.

Pinta el impacto de la realidad en tonos lóbregos, que lleva a cabo con un estilo osado e impresionante mostrando la situación verdadera de los soldados, las soldaderas y el mundo que los rodeaba.

Datos Bibliográficos y Biográficos

Nació en San Pedro de las Colonias, Estado de Coahuila el 4 de octubre de 1891; fue subteniente de la Antigua Milicia Auxiliar en el antiguo Ejército Federal en 1911, formó parte de la Guardia Presidencial de Francisco I. Madero hasta el cuartelazo de Victoriano Huerta y luego se incorporó a las fuerzas de Venustiano Carranza, llegando a ser primer ayudante. Obtuvo después los grados de general, Jefe de Operaciones de Veracruz (1918), Jefe de la División de Supremos Poderes, y Comandante Militar de la Plaza de México. Recorrió Europa y empezó escribir; a su regreso a México vuelve al ejército en el que se le reconoce el grado de general de brigada (1934). Fue ascendido a general de división en 1940 y desde entonces

ces ha ocupado puestos importantes en la Administración Pública.

Obras Principales

- Novelas: Lo incognoscible, Madrid. - De la vida militar mexicana, 1930 (Prólogos de Miguel Medina Hermosilla e Isidro Fabela). - México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920, 1932. - El primer crimen. 20 tragedias en tono menor, 1933. - Mi tío Juan. Novela fantástica, 1934. - Recuerdo que. Visiones aisladas de la Revolución, 1934, 1937. - H.D.T.U.P. Cuentos y narraciones, 1935. - Charlas de sobremesa, 1937.
- <<<< Tropa vieja, Novela, 1943. - Cuentos y leyendas, 1945. Ahora charlemos, 1949.
- Estudios Históricos: Europa central en 1922, Madrid, 1923. - Don Venustiano Carranza: el hombre, el político, el caudillo, 1935 (Prólogo de Celestino Herrera Frimont). - Morelos, genio militar de la Independencia, 1945.

La Soldadera

"Si es soldadera tiene que seguir a su hombre,
sea donde sea."

(Urquiza)

La mujer que quería a un soldado no tenía más remedio que cumplir con su deber de soldadera y seguir a su hombre.

La presencia de las mujeres y de los niños en las columnas federales, señaló una de las grandes diferencias entre ellas y los grupos revolucionarios. Para tenerlas junto a ellos, era necesario que todos obedecieran a un plan y una disciplina estrictas. En cambio para los insurrectos, las mujeres eran todo un problema. En su situación tenían que moverse con una **agilidad extraordinaria**.

Era el tipo de mujer del campo, humilde y sencilla. Al ver que su hombre se iba a pelear, ella también se iba. Otras, arrastradas por algún guerrillero, se encontraban en el ejército por accidente y, una vez allí, servían a uno o más en todos sentidos. Si una quedaba viuda, tenía que casarse con otro, al estilo "puro militar" porque ya no conocía otra vida. La que se hallaba en el ejército era ya, generalmente, una mujer lista y con experiencia. Si en el principio de su carrera no la tenía, no pasaba mucho tiempo para orientarse y acostumbrarse a su papel. No había duda que el trabajo de las soldaderas era duro, **excesivo**, deplorable y triste.

En las dos novelas, los autores penetraron en el verdadero espíritu heroico de **estas** mujeres.

x x x x x

El modo de casarse como ya he citado fue el matrimonio arreglado a lo puro militar:

"--¿Cómo te llamas, chata?"
"-- Fulana de Tal, ¿y tú?"
"-- Fulano de Tal."
"--¿Arreglados?"
"-- Arreglados."
"-- Venga esa mano."
"-- Ay' sta."

Esa era la manera, sencilla y entendedor. Con pocas palabras suficientes para saber sus nombres, cada soldado tenía una soldadera. En el caso de que ellas tuvieran mucha habilidad, continuaban en su deber sin dificultad. Inmediatamente mejoraban el cuartel y rendían el sueldo de tres reales para conseguir buenas cosas en la calle. Además, siempre andaban husmeando noticias de lo que pasaba afuera, y las traían a sus hombres, porque los periódicos llegaban solamente a los oficiales.

Su experiencia para enterarse de las novedades, ayudaba mucho a los hombres, para conocer los movimientos inmediatos de los rebeldes.

Cuando las columnas salían a pelear, ellas las seguían, para estar junto a sus hombres y cuidarlos. Se exponían fácilmente al peligro, que era para ellas cuestión secundaria. Cuando llegaban los federales, las soldaderas se desparramaban entre los jacales, comprando tortillas y viendo el modo de robar, o cualquier otra cosa, para darles de comer. Así, ellos estaban física y mentalmente, mucho mejor preparados para combatir.

Si alguno era herido, allí a su lado, vigilándolo estaba su mujer para darle ánimo. Muchas veces, en un momento fatal, durante una batalla, fueron ellas las que salvaron las vidas de los hombres arrastrándoles si era necesario a lugar seguro. En los momentos de confusión completa, nunca dejaban de ver por uno u otro.

Constantemente sufrían ellas la muerte de sus hombres y, a veces, la de sus niños. Cuando moría uno de sus seres queridos, parecía que todo estaba perdido, pero ellas no vivían en rigor vida propia y, tenían un alto concepto de la de ellos. No tardaban en casarse con otro para continuar su servicio.

Un soldado en ocasiones, se encontraba con una mujer de la que realmente se había enamorado. Cuando tenía tiempo de reflexionar, advertía el incesante valor de la mujer, el sufrimiento que día y noche aguantaba sin quejarse. Ella era todo para él.

Pensaban en lo que harían siendo libres para vivir juntos, fuera del cuartel como gente y no como animales. No les importaba donde: sólo vivir como seres humanos. Y con las esperanzas que les empujaban, soñaban en el día que se dejara de oír el toque alegre de la "Diana", para ellos tan triste, porque indicaba que se habían de separar en las mañanas. Un día ella dejaría de padecer las molestias y abusos de los cabos y los sargentos, en cada entrada al cuartel. El día en que ellos no tuvieran que depender de la mariguana para olvidar las penas, ni del mezcal para entonar el cuerpo, ni tampoco cargar la mochila y el fusil, sería el paraíso.

Vivían tiempos trágicos en los que sus aspiraciones no se podían realizar, porque el cuartel no sería abandonado sino cuando se estuviera herido de muerte o se quedara inválido. Ella no abandonaba nunca a su hombre, porque para ella la vida no tenía significado si no era hecha al lado de él. Para algunos, la fortuna de tener consigo una soldadera que les amara, y estuviera dispuesta a sacrificar su vida por ellos, era lo único que permitía a soportar las tareas de aquellas atroces justas sangrientas.

CONCLUSIONES

La organización económica, jurídica, política, etc., de la época porfiriana tiende a ser barrida por el movimiento revolucionario de 1910.

Al proseguir la lucha, heredada por las revoluciones de Independencia y Reforma, contra la posesión de enormes extensiones territoriales en pocas manos, la Revolución Mexicana sienta las bases para el desarrollo industrial del país, en muchos aspectos, y modifica su estructura en cuestiones esenciales.

Al brotar la Revolución Mexicana, la literatura estaba en pleno modernismo, los escritores empezaron a suavizar el afán de buscar modelos fuera del país y volvieron los ojos hacia una expresión más sencilla, más humana y más americana que dio lugar al nuevo movimiento llamado "Realismo".

Este realismo caracteriza a todos estos novelistas que se preocuparon conscientemente por reflejar ese mundo nuevo de la Revolución Mexicana. Denunciaron sin hipocresías las brutalidades cometidas contra un pueblo finalmente en armas. Narraron hechos verdaderos a través de personajes reales e irreales.

Los noveladores de la Revolución Mexicana, al abordar ese período, tocan por eso la época más característica para comprender el pasado inmediato y el presente de México. Un análisis profundo de la novela de esta época podría ser, en cierto sentido, más revelador que el estudio de algunos textos históricos, porque los novelistas llamados "de la Revolución" se ocuparon de describir a todos los personajes y tipos que peculiarizan la situación social de esa etapa.

La visión de la situación social de la mujer, particularmente,

y de la medida en que se altera esta situación en determinadas circunstancias, es un reflejo de la medida en que se modifica la sociedad en general. De ahí, el interés de los investigadores sociales de todos los tiempos por esclarecer la situación de la mujer.

En la novela de la Revolución, los personajes femeninos son tratados, por los diferentes autores que aquí se incluyen (y por otros muchos: Martín Luis Guzmán, desde luego, Rafael Muñoz, etc.) como instrumentos o medios para reflejar la situación general y sus aspectos más importantes.

He elegido, entre estos personajes femeninos, los que son capaces de representar aparte de mujeres particulares, tipos de mujeres pertenecientes a distintos sectores sociales que, revelando las transformaciones de todo género a que obligó la Revolución, dan en su conjunto una imagen de los radicales cambios operados en la vida entera del país durante el mencionado período.

Por ejemplo, en lo que toca al personaje de Gabriela, el autor tuvo que tomar en cuenta para dibujarla: la época en que vivía, su educación y los efectos de la inesperada Revolución en su vida. Es una mujer enamorada en un ambiente trágico y reacciona en la forma que la situación le impone. Gabriela es la imagen de una clase de mujeres que pertenece al sector más encumbrado y privilegiado de la sociedad porfiriana. Su conflicto personal es el camino para comprender las especiales alteraciones que ese sector social sufre con el movimiento de 1910.

Guadalupe, personaje de La Revancha, representa en cambio a la mujer acomodada de la Hacienda, y su vida (como la de todas las mujeres de su tipo) es fundamentalmente alterada por el movimiento

contra los terratenientes.

Adriana es la clase de mujer que se forma en medio de la perturbación política del país, pertenece a un sector social diferente al de los personajes anteriores. Vasconcelos hace una descripción intensa de este tipo de mujer y de ese sector social a que pertenece, a través de su personaje.

El personaje de Angustias pertenece en cambio al sector social más desposeído material y espiritualmente, y su transformación personal es clara imagen de las transformaciones que esa clase social experimenta tras el movimiento de 1910. Lo mismo puede decirse del personaje sin personaje de la soldadera.

Por otra parte, al tratar a cada autor desde el punto de vista de su capacidad de persuasión para presentar a sus personajes, quiero hacer algunas reflexiones sobre el desarrollo de los caracteres de los personajes.

Desde luego, hay diferencias entre los distintos autores, en cuanto a la aptitud de crear personajes convincentes. He dado anteriormente una imagen de lo que cada uno de los personajes tratados representa en distintos sectores sociales, pero al estudiar los personajes femeninos más cuidadosamente, bajo otro aspecto, surgen algunas dudas acerca la veracidad de su estructura psicológica y novelística.

De los escritores tratados aquí, tal vez el más elocuente es Vasconcelos. Muestra diversas facetas de un gran talento y una gran imaginación literaria al presentar los trazos de su personaje femenino. Ella es una profundización literaria de un tipo especial y nunca, a lo largo de toda la obra, ni por un momento, sale de su

papel. Vasconcelós ha logrado con su estilo ingenuo y su especial don de escritor dibujar este personaje que armoniza persuasivamente con los tonos del ambiente real.

En cambio, Francisco Rojas González, aparte de su capacidad de registrar con más precisión unos ambientes que otros, tiene otra mentalidad. Rodea a sus personajes de un clima totalmente opuesto al de Vasconcelos.

Aunque su personaje real, Remedios Farrera, sirve para tejer el de la novela, Angustias no es por completo convincente según el desarrollo de su carácter. ¿Cómo una mujer de este tipo que podía llegar a ser jefe de miles de hombres, en cosa de algunos días, puede someterse, especialmente, a este tipo de personaje masculino? El cambio es demasiado extremo y, por eso, resta posibilidad persuasiva al personaje sumergido en el ambiente real.

Lo mismo puedo decir de los personajes de Agustín Vera y Miguel N. Lira que resultan quizá demasiado lastrados por los personajes románticos de los novelistas del siglo anterior, (por ejemplo: los personajes femeninos de Altamirano que reflejan la etapa de la Reforma.)

Gabriela y Guadalupe, por esta razón, no encajan bien en sus papeles y pierden contradictoriamente su carácter en el curso de las obras. Gabriela había sido educada en la alta sociedad, es descrita con un carácter enérgico y dominante desde el principio de la obra y, de repente, muestra un cambio que la adapta psicológicamente a una clase de mujer diferente, enamorada de un hombre opuesto en todo a ella.

Lo mismo sucede con Guadalupe, descrita con un carácter no tan

imperativo como el de Gabriela, (pero arraigado bien en sus ideales y perspectivas vitales), que en un momento cambia de la mujer dulce y moderada a la mujer implacable y hasta cruenta.

Francisco L. Urquiza, cronista eficaz, tiene sin embargo dotes propiamente literarias y es capaz de hacer vivir personajes con vigor de novelista. Lo mismo sucede con Gregorio López y Fuentes. Ambos son muy convincentes al presentar al lector el personaje de la soldadera.

Todos los personajes reales e irreales de estos novelistas aparecen casi como pretextos o vías para entrar a ese mundo.

La narración de la trama de las distintas novelas que abordo ha sido hecha por mí de una manera tal vez desusada, Intenté esa glosa, primero, como una forma de ejercicio literario, que me obligaba a comunicar mis impresiones de lectora en una lengua extraña. Por otra parte, intenté informar esquemáticamente del estilo, el contenido y los procedimientos literarios de los distintos autores.

BIENESTAR SOCIAL
MEXICO
FILOSOFIA
Y LETRAS

BIBLIOGRAFIA

Directa

- CASTRO LEAL, ANTONIO La Novela de la Revolución Mexicana. Selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía. Tomos I y II. 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- LIRA, MIGUEL N. La Escondida, México, 1947. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo II, 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- LOPEZ Y FUENTES, GREGORIO Campamento, Madrid, 1931. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo II, 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- ROJAS, FRANCISCO GONZALEZ La Negra Angustias, Compañía de Ediciones. 3a ed., México, 1955.
- URQUIZO, FRANCISCO L. Tropa Vieja, México 1931. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo II, 3a ed., Aguilar. México 1962.
- VASCONCELOS, JOSE La Tormenta, Vol. II de Ulises Criollo. 3a ed., Ediciones Botas. México, 1936.
- VERA, AGUSTIN La Revancha, San Luis Potosí, 1930. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo I. 3a ed., Aguilar. México, 1962.

Indirecta

- ANDERSON, IMBERT E. Historia de la Literatura Hispanoamericana. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. II Epoca Contemporánea. 3a parte. México, 1961.
- AZUELA, MARIANO Los de Abajo, El Paso, Tejas, 1916. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo I. 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- CAMPOBELLO, NELLIE Las Manos de Mamá, México, 1937.

- CONTRERAS, MIGUEL TORRES
- De MARIA Y CAMPOS, ARMANDO
- GONZALEZ, FRANCISCO ROJAS
- GUZMAN, MARTIN LUIS
- MANCISIDOR, JOSE
- MARTINEZ, JOSE LUIS
- MORALES, ALBERTO JIMENEZ
- TARACENA, ALFONSO
- URQUIZO, FRANCISCO L.
- La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo I. 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- La Revolución pasó a La Historia. México, 1962.
- La Revolución Mexicana A Través de Los Corridos Populares. Tomo I. México, 1962.
- Sed. Editorial Juventudes de Izquierda. 1a. edición. México 1956.
- El Diosero, Fondo de Cultura Económica. 3a ed., México, 1956.
- El Aguila y La Serpiente. Madrid, 1928. La Novela de la Revolución Mexicana. Tomo I. 3a ed., Aguilar. México, 1962.
- Las Memorias de Pancho Villa, Compañía General de Ediciones. Colección ideas, letras y vida. México, 1961.
- Historia de la Revolución Mexicana. Editorial B. Costa-Amic. 3a ed., México, 1960.
- Literatura Mexicana Siglo XX. 1910-1949. 1a. parte. Antigua Librería Robredo, México, 1949.
- Literatura Mexicana Siglo XX. 1910-1949. 2a parte. Guías bibliográficas. Antigua Librería Robredo. México, 1950.
- Hombres de la Revolución Mexicana. México, 1960.
- La Verdadera Revolución Mexicana, Figuras y Episodios de la Historia de México. 2a. etapa, 1913 a 1914. Editorial Jus. México, 1962.
- Páginas de la Revolución. México, 1956.

VERA, JORGE ESTANOLA

La Rev. Mexa origenes y rasul
tados Comia Max 57

VASCONCELOS, JOSE

Ulises Griollo, 1936. Vol. I.
La Novela de la Revolución Mexi-
cana. Tomo 1. 3a ed., Aguilar.
México, 1962.

VERA, JORGE ESTANOL

La Revolución Mexicana, Orige-
nes y Resultados, Editorial
Porrua. México, 1957.